

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras

División de Posgrado

*La mujer en la obra de Florencio María del
Castillo Velasco*

TESIS

Que para obtener el grado de

Maestría en Letras Mexicanas

Presenta

Dulce María Rutila Esquivel Reyes

Asesora: *Dra. Paciencia Ontañón Sánchez*

México, D.F.

2007



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mi madre, a mi hermano y a
la memoria de mi padre*

Agradecimientos

Dra. Paciencia Ontañón Sánchez:

Por su voluntad, su tiempo y su comprensión

Dra. Marcela Palma Basualto

Dr. Miguel G. Rodríguez Lozano

Dra. María Teresa Ruiz García

Mtra. Ana Laura Zavala Díaz

*Por el tiempo dedicado a la lectura de esta tesis y sus atinados
comentarios*

Dra. Belem Clark de Lara

Por el apoyo que brindó a este proyecto desde su inicio

Lic. Salvador Peña Zavala

Por el ánimo con que siempre me contagia

A todos aquellos que siempre me apoyaron

Por su alegría y su constancia

Los hombres se imaginan la muerte como un dolor agudo y terrible. Yo creo, por el contrario, que es un momento de dulce y voluptuosa languidez.

Florencio del Castillo Velasco

Índice

Introducción	1
Capítulo I. El romanticismo en México	4
1.1 La influencia de Europa en los escritores mexicanos	7
1.2 Las ideologías en México y su influencia en la literatura	10
1.3 Los primeros brotes de romanticismo en México	17
1.4 El ideal de la mujer en los primeros románticos de México	24
1.5 Algunos apuntes sobre los conceptos de novela, novela corta y novelita en México del siglo XIX	29
Capítulo II. Vida y obra de Florencio María del Castillo Velasco	33
2.1 Florencio María del Castillo Velasco: uno de los primeros novelistas	33
2.2 La expresión romántica en las “novelitas”	42
2.3 El sesgo ideológico	47
2.4 El ambiente como reflejo de los sentimientos	49
Capítulo III. Las mujeres	58
3.1 La represión de la mujer en el siglo XIX	64
3.1.1 La educación de la mujer en el siglo XIX	68
3.1.2 El convento ¿una opción viable para las mujeres solas en el siglo XIX?	75
3.2 El triángulo amoroso y la culpa	84
3.2.1 El conflicto amor-pasión en el romanticismo de Florencio	

María del Castillo	84
3.2.2 El matrimonio como opción para preservar el honor de una mujer en el siglo XIX	91
3.2.3 La culpa como motor de las decisiones en la vida de los Personajes	96
Capítulo IV. Otros temas trascendentes en las novelas cortas	
Analizadas	98
4.1 La ausencia del placer en el sentimiento amoroso de la mujer	98
4.2 El papel de la muerte como instrumento de liberación	107
4.3 El sexo sublimado en la narrativa de Florencio	114
A manera de conclusión	119
Obra consultada	125

Introducción

El romanticismo, como movimiento, ha sido ampliamente estudiado desde una gran variedad de disciplinas. No sólo ha interesado a las letras, sino a la pintura, a la música, a la sociedad entera. Por tanto, una tesis sobre romanticismo en México bien puede parecer repetitiva y gastada; sin embargo, a pesar de los numerosos estudios sobre el movimiento, estos han sido siempre sobre los mismos autores, dejando de lado a otros –quizá no tan prolíficos o con la maestría de los más analizados–, pero igualmente importantes por haber contribuido a forjar todo un periodo de las letras mexicanas.

Analizar su obra es adentrarse en una faceta distinta del romanticismo mexicano; en sus “novelitas” –como se conocían a las novelas cortas en esa época– Florencio retrata un romanticismo más ingenuo, más a flor de piel. Del Castillo se destacó en su tiempo por sus novelas cortas, pero también por sus artículos periodísticos y por su postura política, lo que finalmente le llevó a ser encerrado en San Juan de Ulúa donde moriría víctima del “vómito prieto”.¹

Sus “novelitas” son ejemplo del primer romanticismo, de los primeros intentos de los escritores mexicanos por ganarse un lugar en el mundo de las letras. No son ejemplos excepcionales de textos literarios, pero sí muestran las características de los primeros brotes románticos; lo que se destaca en su obra es su gusto por idealizar a la mujer y su, quizá excesiva, inclinación a recrear vidas trágicas. De todas sus novelas se ha considerado analizar cinco: *Hermana de los*

¹ Por ese nombre se conocía a la enfermedad de la fiebre amarilla, uno de cuyos síntomas es, precisamente, los vómitos continuos de materias negruzcas (Nota del autor).

ángeles (1854), por ser la novela más representativa del autor; *Hasta el cielo* (1848), porque muestra un tema común en varias de sus novelas, el del triángulo amoroso; *Corona de azucenas* (1850), que encarna a otro de sus temas favoritos, el del amor celestial; *Amor y desgracia* (1848), que expone claramente su tendencia a las historias en exceso dramáticas; y *Culpa* (1852), pues es la única que tiene por protagonista a la mujer caída, a aquella que será despreciada por la sociedad debido a su tendencia a los amores fáciles.

Sin embargo, a pesar de esta observación sobre la tendencia al paroxismo trágico que puede observarse claramente en sus novelas, no es la intención de esta tesis exponer un juicio maniqueísta sobre la obra de Florencio del Castillo, sino adentrarse en ella, mostrarla a quien no lo ha conocido y despertar un interés por leerlo. Como uno de los primeros en cultivar el género de la novela corta durante el primer romanticismo en México, Del Castillo resulta un autor interesante desde diversas ópticas; de allí que uno de los objetivos de esta tesis sea rescatar su obra del olvido en que se ha mantenido hasta nuestros días, y mostrarla como un ejemplo de las producciones literarias que conformaron a la joven nación mexicana como una tierra con identidad propia.

Para ello, se ha dividido este trabajo en cuatro capítulos; en el primero, se hace una revisión general del panorama romántico en México, incluyendo datos históricos que permiten al lector ubicarse en tiempo y espacio. El segundo capítulo se dedica por completo al autor, su vida, la idea que tenía del amor y la ideología que se permeaba en su obra.

El tercer capítulo es un análisis sobre el papel de la mujer en la obra de Florencio, aquí se intenta dibujar claramente cómo es que Florencio retrata a la

mujer de su época y se busca determinar si ese retrato se correspondía en algo con la mujer de su tiempo.

En el capítulo cuatro, se hace un estudio de otros temas destacables en la obra de Florencio como el sexo sublimado, la ausencia de placer en el sentimiento amoroso o el papel de la muerte. Finalmente, se incluyen las conclusiones a que se llegó después del trabajo de investigación que se condensa en este documento.

Capítulo 1. El romanticismo en México

Analizar un movimiento artístico determinado siempre necesita de la revisión de la atmósfera que lo rodea. Así, el romanticismo, como movimiento literario en México, se inicia en una época que para nuestro país fue especialmente convulsiva y provechosa: el siglo XIX. Periodo que, forzosamente, se ha de revisar en sus primeros años, pues al llegar a la segunda mitad del siglo XIX, por 1864 comienza el segundo Imperio y el entonces presidente de México, Benito Juárez (1806-1872) se ve obligado a vivir un gobierno itinerante que culminaría con la restauración de la República Mexicana; en esa época el pensamiento mexicano comienza a orientarse hacia otro movimiento distinto: el realismo; si bien, “la mitad del siglo XIX no señala de ninguna manera el fin de la novela romántica en México, algo de la influencia realista llega temprano”¹ hacia 1875, pero no se establece de manera contundente sino hasta la década de 1880, años “durante los cuales los *iniciadores* llamados generalmente *precursores* son también en realidad *primeros creadores* de la revolución modernista”.²

El siglo XIX en México se caracteriza por la búsqueda de la identidad nacional. Partiendo con la Guerra de Independencia, el país comienza el arduo camino que lo llevará a convertirse en nación autónoma, libre del yugo español y dispuesto a encontrar aquello que definirá su personalidad. El proceso histórico que le sigue está lleno de guerras internas e intervenciones extranjeras y por la lucha entre dos facciones principales: la liberal y la conservadora. Aunque cabe mencionar que

¹ John S. Brushwood; *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, trad. Francisco González Aramburu, FCE, 1993, p.169

² Raimundo Lazo; *Historia de la literatura hispanoamericana*, Porrúa, México, p. 14

existía una en medio llamada moderada, pero que tarde o temprano buscará una de las dos posturas mencionadas.

En el terreno de la cultura, las producciones artísticas están matizadas de este mismo sentido de lucha política y de búsqueda de la identidad nacional, sobre todo durante la primera mitad del siglo XIX, donde se produce el paso que llevará a las letras, del neoclasicismo al romanticismo propiamente dicho.

Además surgen diversas asociaciones literarias que favorecerán el desarrollo de las letras mexicanas. Así, hacia 1836 un grupo de jóvenes entre los que se encontraban: Guillermo Prieto, Manuel Tossiat Ferrer, Juan Nepomuceno y José María Lacunza, fundan la Academia de Letrán.

Hacia 1832, Tadeo Ortiz de Ayala publica un libro que habría de ejercer singular influencia entre sus contemporáneos: *México considerado como nación independiente y libre*, llamaba en esta obra la atención sobre la necesidad de promover la literatura nacional. Para ello recomendaba la creación de una academia literaria que congregara a los escritores más distinguidos del país.³

Tanto la Academia, encabezada por Andrés Quintanaroo, como el Liceo Hidalgo,⁴ presidido por Ignacio Manuel Altamirano, influyen de manera determinante en las letras mexicanas, pues se constituyen en importantes centros

³ Celia Miranda Cárabes; *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, 2ª ed., UNAM, México, 1998, p. 58

⁴ Esta asociación literaria se funda en 1849 con el nombre de Academia de las Bellas Letras y es en 1850 que comienza a denominarse como Liceo Hidalgo, su influencia se extiende hasta el último tercio del siglo XIX (Cfr. Celia Miranda Cárabes, *op. cit.*, pp. 38-39)

culturales y cunas de diversos y muy respetados escritores e intelectuales mexicanos del siglo XIX de hecho, Florencio del Castillo “perteneció al Liceo Hidalgo, en su primera etapa (1850-1851)”.⁵

David Huerta considera que sin la Academia y el Liceo, el romanticismo no hubiera podido existir tal como lo hizo, “...el romanticismo como fenómeno cultural, y ya no sólo literario, se puede entender mejor si se conocen las características de la Academia de Letrán, su origen, su desarrollo, sus aspiraciones, el espíritu que animó su labor...”.⁶

Lo que no puede negarse es que las condiciones ideológicas de la época permitían la proliferación de asociaciones culturales y propiciaban el desarrollo de las Bellas Artes en México, sobre todo de la literatura; a pesar de que el contexto social y político (con tantas guerras y cambios de gobierno), entorpeciera y frenara en diversos momentos el auge de la literatura mexicana decimonónica.

⁵ Oscar Mata; Florencio M. del Castillo: el traductor de los dolores del pueblo, en *Fuentes humanísticas* No. 30, Depto. de humanidades de la UAM, México, abril de 2005, p. 146

⁶ David Huerta (prol., selección y notas); *Cuentos románticos*, UNAM, México, 1983, p. XII (col. Biblioteca del Estudiante Universitario No. 98).

1.1 La influencia de Europa en los escritores mexicanos

El paso a un romanticismo netamente mexicano no fue sencillo, entre otras cosas porque cuando México inicia su independencia de España, comienza también, un gran periodo de inestabilidad debido a las guerras intestinas, lo que no propicia la existencia de un clima adecuado para el desarrollo cultural. “A esto debe agregarse la particularidad de que los hombres de mayor ilustración y talento sólo tomaron parte activa y directa en las luchas políticas hasta la segunda mitad del siglo XIX.”⁷

Ante este panorama no es de extrañar que la literatura mexicana siguiera el modelo peninsular en sus primeros momentos de independencia, tal como lo venía haciendo durante la Colonia, “así, las letras novohispanas fueron reflejando la decadencia intelectual de España, y cuando allá surgía un movimiento de renovación, llegaba hasta nosotros tardíamente...”.⁸ Esto, sin duda, significaba un cierto atraso en lo concerniente a movimientos y tendencias artísticas. Además, los últimos poetas del siglo XVIII fueron los primeros del siglo XIX en México, pero enfrentaron el difícil momento de la Independencia, guerra que significó un paro en las actividades artísticas de la época. Sin embargo, esto no se tradujo en una pérdida de continuidad, por el contrario, los prosistas mexicanos mantuvieron una cierta semejanza con sus antecesores inmediatos.

Si bien hasta antes de la Independencia la Nueva España se había caracterizado por ser un lugar de poetas, en la época de la independencia es la

⁷ Guadalupe Monroy; Las letras en Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México*, Hermes, México-Buenos Aires, vol. 6, 1955-1972, p. 747

⁸ *Ibidem*, p. 748

prosa la que ocupa un lugar preponderante, pues a través de ella era posible llegar al pueblo e inflamar las ansias nacionalistas que tan importantes fueron en ese siglo.

Además, es en el siglo XIX la novela aparece en México, aunque en Europa era un género muy conocido y utilizado:

...no tuvimos propiamente novela colonial. La novela había de surgir coincidiendo con el movimiento insurgente. Y es de notar que, sin antecedentes literarios en el suelo nativo ni marcadas influencias extrañas, apareció de una pieza y fue, desde el primer momento profundamente mexicana. La creó Fernández de Lizardi.⁹

La novela mexicana, como género, surge sin influencias extranjeras como una expresión propia. Lo que no significa que el movimiento romántico también surgiera de la nada; por el contrario éste sí llega a México a resultas de lo que estaba sucediendo en otros países aunque aquí, como en toda Latinoamérica, adquiere personalidad propia.

Los primeros escritores extranjeros que influyeron en el escritor mexicano fueron franceses; después vino el romanticismo español con Espronceda y el Duque de Rivas, entre otros. Si bien en el extranjero el romanticismo existió como reacción contra lo clásico, en México fue una "...incontestable realidad literaria como tendencia lírica y subjetiva."¹⁰

⁹ Carlos González Peña; *Historia de la literatura mexicana. Desde sus orígenes hasta nuestros días*, 10ª edición, Porrúa, México, 1969 (col. Sepan cuántos), p. 131.

¹⁰ *Ibidem*, p. 143

No existe pues, lucha entre neoclásicos y románticos en nuestro país, al menos no en el terreno literario, aunque sí se diera en el político, pues los primeros correspondían a la tendencia conservadora y los segundos a la liberal. Además, la influencia extranjera sirve como inspiración, pero la realidad mexicana se impone incluso en las letras, por lo que, más que crear imitaciones de lo que venía del extranjero, el romántico mexicano creó su propio esquema de trabajo literario, explotando los sentimientos que tenía a flor de piel a causa de la realidad circundante: las guerras, la pobreza, las calamidades, en fin, toda una serie de elementos que favorecían el sentimiento romántico. Al decir de Luis G. Urbina “...la expresión nos vino de fuera; la emoción la teníamos ya; era nuestra desde hacía muchos años.”¹¹

¹¹ Citado por Carlos González Peña; *op. cit.*, p. 142

1.2 Las ideologías en México y su influencia en la literatura

El siglo XIX fue un siglo de transformaciones en todos los sentidos; la primera mitad de esta época estuvo marcada por un idealismo que permeaba en todas las facetas de la vida: política, económica, ideológica, cultural. De allí que el pensamiento predominante fuera el liberalismo.

El liberalismo nace en Europa, sin embargo, al llegar a nuestro país adquiere un carácter propio. Los primeros hechos de corte liberal cruzan el océano hacia febrero de 1810, pues al invitar a la formación de las Cortes de Cádiz, la convocatoria incluía también a los americanos, lo que vino a significar que este continente tendría su asiento en ellas.

Fue el poeta Manuel José Quintana (1772-1857) el responsable de redactar la convocatoria que contenía un párrafo que a los mexicanos de la época les llamó la atención y les llenó el ánimo de ansias libertarias. Dicho párrafo decía así:

Desde este momento, españoles americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres: no sois ya los mismos que antes, encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estabais del centro del poder; mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia.¹²

¹² Ernesto Lemoine; El liberalismo español y la Independencia de México, en Miguel León Portilla (coord. gal.) *Historia de México*, t. 8, Salvat Mexicana Ediciones, México, 1978, p. 1722

Quizá estas palabras no fueran sino palabrerías, pero los criollos las tomaron muy a pecho, y contribuyeron a que el movimiento de independencia cobrara fuerza y finalmente triunfara. Así, las corrientes de pensamiento en esa época podrían dividirse, básicamente, en dos: liberales y conservadoras.¹³

Casi toda la historiografía del siglo XIX mexicano interpreta los años de 1821 a 1867 como una época de caos, de anarquía y de conflictos entre las facciones mencionadas. En esos conflictos, los liberales son vistos como la facción que, desde un principio, orientó todos sus esfuerzos a emancipar a México de su pasado colonial, para dirigirlo hacia el desarrollo y la civilización; mientras, a los conservadores se les ve como una facción de nostálgicos, que a toda costa trataron de revivir las instituciones que le daban sustento al orden colonial. Por eso, en general, se asocia a los liberales con el anticlericalismo, con el federalismo, con la república y con el romanticismo; mientras que a los conservadores se les asocia con la Iglesia Católica, con el centralismo, con la monarquía y con el neoclasicismo.

Entre ambos bandos existían los moderados una facción que en muchas ocasiones inclinó la balanza hacia algún lado en las luchas entre ambos bandos. Este frágil equilibrio de fuerzas no es algo sencillo de explicar, pues hay que tener en cuenta todos los factores involucrados en la historia de México durante el siglo XIX; así, por ejemplo, en los años de 1848 a 1854, en los que se da la dictadura

¹³ Como bien dice José Luis Martínez, la gran parte de las guerras que sufrió México en el siglo XIX fueron resultado de los enfrentamientos de esas dos tendencias: "...se llamarán federalismo y centralismo, clase media frente a clero, milicia y grandes propietarios [...] Y aún podría decirse que, cuando menos hacia mediados del siglo, se trataba también del enfrentamiento de una generación joven con otra adulta." (José Luis Martínez; *La expresión nacional*, CONACULTA, México, 1993 (col. Cien de México), pp. 21-22).

Santanista, durante este tiempo “los moderados [...], se esforzaron en establecer un equilibrio de fuerzas entre liberales y conservadores, sin que llegaran a conseguirlo, pues sólo lograron facilitar el surgimiento del militarismo”.¹⁴ Podríamos decir que los moderados eran la facción del temor, pues sentían que los liberales arrastrarían al país al caos en su afán de modernidad y progreso; pero también recelaban que los conservadores lo sumieran en el oscurantismo y la ignorancia. Seguían a quien consideraban que mantendría la nación en paz y que daría un respiro durante tanta guerra.

Esta continua pugna entre ambas corrientes termina, al menos en el ámbito intelectual y artístico mexicano, en la segunda mitad del siglo XIX, con Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), quien se esfuerza porque la literatura se convierta en un medio de expresión sin importar el partido político al que pertenezca el autor.

Sin embargo, en la primera mitad del siglo XIX esto no era así: los intelectuales y los artistas se hallaban, al igual que todo el país, divididos en los dos bandos ya mencionados, como nos dice José Luis Martínez: “En el primer tercio del siglo XIX, en los escritos de José María Luis Mora y Lucas Alamán, quedan perfiladas las posiciones de liberales y conservadores que, a lo largo del siglo, habrán de radicalizarse”.¹⁵

¹⁴ Aurelio de los Reyes; La segunda república federal y la dictadura santanista(1848-1854), en Miguel León Portilla (coord. gral.) *Historia de México*, t. 9, Salvat Mexicana Ediciones, México, 1978, p. 1890

¹⁵ José Luis Martínez; *op. cit.*, p. 21.

Así, un claro ejemplo de la manera en que se pensaba en esa época puede encontrarse en las ideas de José María Luis Mora (1794-1850) sobre la libertad en 1827:

No hay duda, los pueblos serán libres bajo cualquiera forma de gobierno, si los que los mandan, aunque se llamen reyes y sean perpetuos, se hallan en verdadera impotencia de disponer a su antojo y sin sujeción a regla alguna de la persona del ciudadano; y nada servirán las formas republicanas, que el jefe de la nación se llame presidente o dure por cierto tiempo, si la suerte del ciudadano pende de su voluntad omnipotente.¹⁶

Algo que cabe destacar en todo esto es que gran parte del caos que se vivió en el país durante ese siglo, provenía de estos enfrentamientos, pues cuando ganaba el partido liberal, todas las instituciones públicas tomaban ese rumbo; en cambio, cuando ganaba el conservador todo se trastocaba radicalmente. Estas constantes transformaciones convertían al país en un amasijo donde era difícil la producción cultural y, en consecuencia la literaria.

Como menciona Guillermo Prieto (1818-1897): “Ni por los antecedentes ni por las circunstancias en que México se hallaba en 1821, era época oportuna para la creación de la literatura nacional, porque la literatura de un pueblo no puede ser obra de un hombre...”¹⁷

¹⁶ Discurso sobre la libertad civil del ciudadano, José María Luis Mora en *Obras Completas*, Instituto Mora, CONACULTA, México, 1994 (Vol. 1 Obra Política), p. 166.

¹⁷ Citado por Celia Miranda Cárabes; *op.cit.*, p. 17

De allí que en esos años escritores y escritos fueran escasos, con la excepción de Joaquín Fernández de Lizardi, (1776-1827) que se caracterizó por su crítica a las instituciones de la Colonia. Este escritor es considerado el primer novelista latinoamericano y, por ende, mexicano. Fernández de Lizardi toma popularidad en el país gracias a su periódico *El Pensador Mexicano*, donde publicó constantes y agudas críticas al gobierno de la época.

Fue el 5 de octubre de 1808 cuando el virrey Venegas hizo público el bando que venía directamente de las Cortes españolas, permitiendo la libertad de imprenta. En ese momento, el periódico oficial, *El Diario de México* aprovechó para publicar una serie de críticas sobre el sistema, y con él, muchos periodistas de la época; sin embargo, uno que se destacó entre todos por su estilo suelto, ameno y populachero en ocasiones fue Fernández de Lizardi.

En su periódico –cuyo nombre más tarde utilizaría como seudónimo–, el escritor se ponía a dar su opinión sobre los más candentes problemas de la sociedad del momento, de manera incisiva y mordaz. Además, tomaba partido, se comprometía con sus ideas, lo que, por supuesto, le ganó la simpatía del público que lo leía. Sin embargo, también ganó la antipatía del virrey, quien cansado de las constantes críticas, al noveno número de *El Pensador Mexicano*, mandó a vetar el bando constitucional y encarceló por ocho meses a Lizardi.

Fue hasta 1821 cuando se consuma la independencia con Vicente Guerrero, quien a pesar de que la lucha estaba casi extinta continuaba peleando. Las noticias sobre España, donde se había pronunciado el comandante Rafael del Riego por la Constitución de Cádiz provocaron que por fin se inclinara la balanza en favor del movimiento liberal.

Un dato curioso que cabe resaltar es que al menos para algunos historiadores, el conflicto entre liberales y conservadores también era de corte generacional, como dice Moisés González citado por José Luis Martínez: “Destaca la presencia de la juventud en el campo liberal y de los más viejos en el conservador; éstos sólo tuvieron dos notables excepciones, Osollo y Miramón, aquéllos a Juan Álvarez”.¹⁸

El hecho que entre los liberales existieran jóvenes, ilustra la razón por la cual siempre estuvieron impulsados por nuevos bríos y, al final de todo, triunfaron. Y también explica por qué el conflicto entre ambos bandos duró casi todo el siglo. Tal parece que en realidad asistimos a un conflicto generacional que, en cada momento del difícil siglo XIX, tenía nuevos elementos, nuevos nombres, pero las mismas ideas. Un ejemplo lo tenemos con Santa Anna, que al principio luchó del lado del liberalismo, luego, cuando estuvo en el poder osciló entre ambos bandos constantemente, para finalmente decidirse por el lado conservador (en ese tiempo el centralista), sólo que entonces ya no era joven.

Lo anterior muestra, de manera clara, que el liberalismo era una de las corrientes de pensamiento dominantes en la primera mitad del siglo XIX, y que gracias a ella se gestaron la mayoría de los sucesos que convulsionaron y transformaron a este país.

¹⁸ Citado por José Luis Martínez; *op. cit.*, p. 22.

1.3 Los primeros brotes de romanticismo en México

El romanticismo se inicia a finales del siglo XVIII en Europa como una respuesta al neoclasicismo, tan rígido y perfeccionista en sus estructuras, por lo que esta nueva corriente se caracteriza por su tendencia a la libertad, a la ruptura de esquemas; de allí que las ideas filosóficas y políticas de esa época se encaminaran también hacia las de libertad, de conciencia, de rupturas.

En México no sucede así; de hecho, puede hablarse de “cuatro periodos de diferentes tonos culturales, cada uno con una duración media de algo más de veinte años”.¹⁹ Para este estudio interesan los primeros dos, el primero que va de 1810 a 1836, en el que pueden sentirse aún las formas neoclásicas, pero ya aparecen las reacciones liberales con Fernández de Lizardi, que encaminan a las letras hacia el romanticismo, aunque aún de manera muy solapada.

El segundo periodo se ubica entre 1836 y 1867, donde el paso del neoclasicismo al romanticismo se da de manera obvia, pues los sucesos políticos y sociales los impulsaban a “seguir aquella escuela que convenía tan oportunamente a sus circunstancias”.²⁰ Esto es cierto: las constantes luchas daban a todo el ambiente del país un dejo romántico y lánguido, de sueños perdidos, amores imposibles y muertes trágicas, de allí que a los románticos de la primera generación mexicana les bastará tan sólo con exaltar sus sentimientos.

Por otra parte, en esta primera etapa del romanticismo en México –ya con una generación de escritores mexicanos–, la exaltación de las ideas liberales da a los

¹⁹ José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 25.

²⁰ Daniel Cosío Villegas (coord.); *Historia general de México*, tomo 2, 3ª ed., COLMEX, 1981, p.1037.

escritores “armas” para defender a su naciente patria. Esa fogosidad que animaba a los jóvenes liberales es la misma que enarbolan los escritores románticos.

El punto de partida de este “primer romanticismo” son las reuniones de la Academia de Letrán fundada por José María Lacunza (1809-1869) en 1836. En esta Academia contendían las dos corrientes de pensamiento que dominaban la escena nacional: el conservadurismo (neoclasicismo) y el liberalismo (romanticismo). De allí que todas las letras mexicanas de ese tiempo estuvieran impregnadas de tintes políticos –aunque no de manera evidente–. Un ejemplo lo encontramos en Francisco Zarco (1829-1869), quien en el *Presente Amistoso* de 1852 escribe:

No envidiéis jamás el lauro del poeta, aunque sus obras os conmuevan, aunque arranquen lágrimas de vuestros ojos, porque él sufre y padece, como desterrado, como el proscrito. Soñaba amores y halló placer en los sentidos; buscaba ángeles y encontró mujeres; quería libertad y vio con desprecio la farsa de la tiranía y la humillación.²¹

En este pensamiento encontramos una idea que salta a la vista: el ansía de libertad que llenó siempre las letras románticas mexicanas. Por otra parte, también se exaltaba de continuo a la “mujer ideal”, aquella que era digna de todos los amores y todas las penas, por la que se valía, incluso, morir. Se observa, además, que mientras la libertad se exalta para el hombre, los amores son para la mujer, lo cual resulta lógico si se recuerda que “el romanticismo estableció un patrón que ya

²¹ Citado por Daniel Cosío Villegas (coord.), *op. cit.*, p.1038.

contaba con antecedentes remotos, según el cual en los sexos se daban distintas aptitudes:

La razón era una cualidad masculina = predominio del intelecto

La emoción era una cualidad femenina = predominio de la intuición”²²

Resulta también importante analizar, en este momento, la libertad, pues es una de las ideas básicas de todo romanticismo. Los teorizadores románticos parten de la base de que no puede existir el desarrollo literario en un medio de ambiental opresión. En este sentido, los románticos eran intransigentes. Consideraban que no era posible que el genio, sobre todo el literario, se desarrollara en ambientes opresivos; hacía falta la libertad para que la imaginación se desbordara, para que el escritor se realizara en el máximo esplendor de sus letras.

Cabe mencionar que la patria no es el único tema de los escritores románticos, aunque sí el más fuerte; muchos de los intelectuales mexicanos de la época se inclinaron por una literatura política, donde se exaltaba la patria y se le veía como depositaria del máximo amor, un amor sublime y desgraciado, pues no era libre del todo. Si bien, igualmente se encontraban aquellos que tenían por eje temático a la naturaleza o los valores morales, por supuesto, todo ello saturado de amores imposibles y desgraciados. Este tipo de escritura era de un tipo intimista. En la literatura romántica, propiamente dicha, predomina la recreación de los sentimientos de las personas, de allí que la mayoría de sus espacios sean más

²² Montserrat Galí Boadella, *Historias del Bello Sexo. La introducción del Romanticismo en México*, UNAM – IIE, México, 2002, p. 25.

bien cerrados: la casa de la amada, el cuartito donde se ven a escondidas; los tormentos internos, de origen emocional, aquejan a los protagonistas.

En esos tiempos, las constantes adversidades convertían, incluso involuntariamente, a los escritores en héroes románticos de la época, pues sus finales fueron trágicos y a temprana edad, como sucedió con algunos, por ejemplo:

Juan Díaz Covarrubias, poeta y pasante de medicina, es fusilado por los conservadores en Tacubaya cuando sólo tenía veintidós años; Ignacio Rodríguez Galván muere de fiebre amarilla a los veintisiete años; Florencio M. del Castillo muere, víctima de la misma peste en San Juan de Ulúa donde lo habían encarcelado los invasores franceses; Marcos Arróniz enloquece y es asesinado por salteadores...²³

Así, el romanticismo se vive en México no sólo como una corriente literaria, sino como una forma de vida; todos los escritores se identifican con los sentimientos de sus protagonistas, sus deseos de libertad, sus amores imposibles, la transformación de la mujer amada en el ideal de perfección, la transfiguración de la patria en el amor ideal, etc.

El amor desde el punto de vista romántico es inalcanzable, pues no puede compararse con lo terreno, sino que se equipara a lo sublime, a lo perfecto, a lo inconmensurable; por ello, las heroínas románticas no podían ver realizado su amor en este mundo, porque “el amor puro y perfecto es un amor imposible en

²³ Daniel Cosío Villegas (coord.), *op. cit.*, p.1038.

términos humanos”.²⁴ De allí que también la heroína sea una mujer quimérica, perfecta en belleza y en pureza. Esto lo explica muy bien el mismo del Castillo en su novela *Botón de Rosa* cuando dice:

¿Qué es el amor si no la inquietud indefinible que compele a las almas a aspirar a Dios, y cuyo principio es una ciega reminiscencia, una imagen lejana de su belleza, impresa en nuestros corazones? [...] ¿Y sería posible así, que el amor puro y verdadero tenga fin? ¿Este sentimiento morirá también como las flores? ¡No! ¡No! Hay siempre en la vida un amor que no se logra; pero un amor cuyo recuerdo jamás se borra del corazón. Es el amor celeste, y este amor no es hecho para el mundo ¡Le entrevemos apenas y se desvanece!²⁵

En este sentido la obra de Florencio M. del Castillo es la de un escritor romántico, quien recrea en sus novelas un corte emocional, íntegramente intimista, mientras que los diversos artículos que publicaba en *El Monitor Republicano* eran totalmente políticos y reaccionarios, además de ejercer como crítico de teatro en la sección de “Variedades”, en la que generalmente firmaba bajo el seudónimo de Genio. En él se conjuga la esencia del escritor romántico mexicano: literato y activista. Luchador incansable, perseguido por la tragedia.

²⁴ Florencio M. Del Castillo, Botón de Rosa, en *Obras de don Florencio María del Castillo, Novelas Cortas*, Imp. de V. Agüeros, Editor, México, 1902, p. 476.

²⁵ *Idem*

Se considera, tradicionalmente, que el primer cuentista romántico mexicano es Florencio M. del Castillo (1828-1863), sin embargo, esto no es exacto, porque nos hemos topado con algunos cuentos de la escuela moderna antes de que termine la década de los treinta.²⁶

En este sentido hay al menos dos puntos sobre los que llamar la atención, en primera, que en realidad Florencio no fue cuentista, sino novelista aunque de narraciones cortas; por otra parte, se debe tener en cuenta que los estudios sobre las obras de ese siglo han sido sesgados y, por lo general, circunscritos a unos cuantos autores reconocidos, cuyas producciones literarias fueron publicadas más veces o tuvieron mayor repercusión. Esto ha provocado que se deje en el olvido a otros autores, que también participaron activamente en la formación del perfil artístico-literario de la época y que, como tal, son importantes para comprender claramente la configuración de la cultura nacional.

Se debe puntualizar también, que las primeras novelas románticas de la época surgen por el interés de capturar esa esencia en las letras mexicanas; sin embargo, como nos dice Jorge Rueda de la Serna:

...su interés radica precisamente en que fueron los primeros ensayos narrativos de nuestros escritores en que surge una clara conciencia de la expresión literaria. Ciertamente que éstos avanzaban penosamente en el dominio de esta nueva técnica de representación de la realidad, de la que, como e tantas otras cosas se nos había privado. Cuánto, sin

²⁶ Montserrat Galí Boadella, *op. cit.*, pp. 287-288.

embargo, no habrán contribuido estas obritas en la batalla de nuestros intelectuales del siglo pasado por transformar su sociedad, y cuánto no deben a estas primicias los novelistas posteriores...²⁷

Esto es claro en Florencio del Castillo, pues como escritor no alcanza la maestría de un Balzac, aunque es su época Altamirano haya comparado a Florencio María con el escritor francés; si bien, se debe tomar en cuenta que eran los primeros intentos de romanticismo en México, que Altamirano era un entusiasta de los escritores prometedores y que, quizá, exageró un poco al elogiar textos de un amigo. A pesar de esto, no se puede negar la importancia de la obra de Florencio, primer escritor mexicano en manejar el género de novela corta – como ya se dijo anteriormente– y, por ende, un paradigma digno de estudio en la literatura nacional.

²⁷ Jorge Ruedas de la Serna; La novela corta de la Academia de Letrán en Celia Miranda Cárabes; *op.cit.*, p.71.

1.4 El ideal de la mujer en los primeros románticos de México

Muchas de las investigaciones que existen en torno a la mujer del siglo XIX, la consideran “inserta en su entorno social y resalta su protagonismo como sujeto histórico, cuya inclusión contribuye a profundizar en el conocimiento de la sociedad en su conjunto.”²⁸ Esto viene a significar que la mayoría de los estudios realizados sobre las mujeres han sido hechos considerándolas parte de la sociedad y no viéndolas como un género en específico, como eje central de la investigación.

La mujer, para el romántico, es la musa que le da sentido a su vida que puede ser su salvación o su perdición; no existen términos medios, o son ángeles o demonios. En la novela de Florencio M. del Castillo se aprecia una idealización de la mujer en las protagonistas, como Soledad en *Corona de Azucenas*; mientras que para las antagonistas, como el caso de Dolores en *Hermana de los ángeles*, el escritor le atribuye la más absoluta degradación. Estos pensamientos son reflejo de su época, no sólo por la influencia romántica del momento; sino por las costumbres decimonónicas en las que la mujer debía ser templo de la perfección, pilar del matrimonio y abnegado elemento de la sociedad.

De hecho, en esa época se consideraban entre las obligaciones de la mujer:

...la humildad (virtud eminentemente cristiana); la economía [sic] compañera inseparable del orden; la madre de la abundancia, el origen de los goces más puros y tranquilos; la prudencia (virtud difícil de

²⁸ Gabriela Cano y Georgette José Valenzuela, *Cuatro estudios en el México urbano del siglo XIX*, PUEG, Porrúa, México, 2001 (col. Estudios de género), p. 11.

conseguir en la juventud) y la resignación. Esta última consistía en vivir satisfecha con lo que Dios había otorgado a cada cual [...] Otra de las virtudes más apreciadas, más difícil de explicar, pero que siempre estaba presente al referirse al comportamiento femenino, era el pudor.²⁹

Por otra parte, tampoco existe una abstracción completa de la mujer real, puesto que sí se dejan ver algunos detalles del lugar que ocupaba en esa época. Estos roles que se dibujan claramente en su obra, tienen su contraparte en la realidad, pero deben tenerla también en la vida de Florencio: en algún momento de su infancia o de su vida adulta, él tuvo que toparse con uno de tantos tipos. En su madre encuentra claro ejemplo de la esposa abnegada, dispuesta al sacrificio: es la mamá ejemplar. De donde se puede inferir que estos tipos no se presentarán puros, sino mezclados entre sí, a excepción de la mujer perdida, aunque en ocasiones esa pérdida sea producto de un sacrificio inicial.

En esa época las mujeres eran inducidas a reglamentar toda su existencia con base en los deseos del hombre, llámese padre, hijo, hermano o esposo. En ese sentido tenía dos opciones para poder realizarse: el matrimonio y el convento. Así, el destino de la mujer se supedita al del hombre, sólo se encuentra en la tierra para preservar la especie y para permitir a los varones continuar con su trabajo:

... en ninguna hora es decente ni bien visto que una mujer aparezca habitualmente en la ventana a solas con un hombre, sobre todo si

²⁹ *Ibidem*, p. 112.

ambos son jóvenes, sean cuales fueran las relaciones entre ellos medien, a menos que sean las de padres e hijos, hermanos o esposos [...] Tampoco es lícito a una mujer, en ninguna circunstancia, aparecer conversando a solas con un hombre y menos aparecer habitualmente al lado de un sujeto determinado, cuando existan delante personas extrañas. Aun entre esposos [...] están prohibidos estos signos de preferencia a la vista de extraños.³⁰

Las mujeres decentes de ese siglo no tienen aspiraciones autónomas, lo que las convierte en las amadas dentro de los límites santos y morales del matrimonio. Aquella que se aparta de estas normas está indudablemente marcada por su “ligereza”, perdida irremediablemente, será marginada y rechazada por todos, pues en esta sociedad se exalta el pudor como máxima virtud:

El pudor [...] era peculiar al sexo femenino, ya que adorna a la mujer, y es su defensa contra las malas inclinaciones masculinas, desarma la osadía del hombre más arrojado e inspira veneración a los más corrompidos, sirve de expresión al más puro de los sentimientos y da realce a la hermosura.³¹

Para Del Castillo, la mujer lo perdona todo, incluso las caídas de otra mujer. Esta abnegada y espiritual persona es capaz de llevar al extremo el sentido del

³⁰ Manuel Antonio Carreño, *Manual de urbanidad y buenas maneras*, 51ª ed., Epoca, México, 1998, pp.120-121

³¹ s/a, *Cartas sobre la educación del bello sexo*, texto que corresponde a la mitad del s. XIX, citado por Gabriela Cano y Georgette José Valenzuela; *Op. cit.*, p. 112.

sacrificio y del decoro, de darlo todo por satisfacer a los demás, pero sin jamás perder la pureza de su alma y su cuerpo. Las mujeres saben que la base de la feminidad radica en la dulzura para brindar al hombre la ternura que necesita y en la docilidad para reconocer su inferioridad.

En cambio, para la mujer caída no existe redención: una vez cometido un error, ella será despreciada, lo que naturalmente la llevará a hundirse más y más en la inmoralidad, en el descrédito social. Esta idea se plasma en las novelas de Florencio en un sentido trágico y exaltado, al igual que los otros tipos de mujer, todos los cuales son sometidos a pruebas extremas, a humillaciones y sinsabores a lo largo de una vida por demás efímera y miserable, pero eso sí, llena de amor y nobleza.

El placer de las mujeres, como el resto de sus funciones, sólo se encontraría en el ámbito familiar. Lo que se le recomendaba y lo que seguramente le daría más “satisfacciones” estaba evidentemente, en el cumplimiento de sus deberes de madre y esposa. También se sugería, “sin menoscabo de sus deberes religiosos” encontrar placer en elaborar una comida de familia [...] o dar un paseo por el campo, [...] en el ejercicio de la caridad y la visita a enfermos desvalidos.³²

De allí que una mujer que sufriera y aún así se mantuviera digna, piadosa, decente y con ánimo para continuar con sus deberes de esposa y madre, podría claramente considerarse una heroína digna de elogio y alabanza. Así son

³² *Ibidem*, p. 126

precisamente las heroínas de Del Castillo, cuasi perfectas, hermosas y con todos los dones espirituales necesarios, aunque en la mayoría de los casos enfermas, pues esto confería un grado de sublimación más en su vida.

Introducirse pues al mundo de las mujeres en las novelas de Florencio del Castillo, es hacerlo en la imaginación exaltada de las féminas del siglo XIX, en la mujer idealizada al extremo. Porque existían mujeres que iban contra los cánones sociales, si bien eran las menos, se sentía ya ese espíritu de liberación femenina en personajes como “La güera” Domínguez o doña Leona Vicario; mujeres que significaron toda una ruptura con su tiempo; la primera por su vida más o menos ligera y la segunda por su intelecto, su coraje y el papel que jugó en la formación de México.

Aún así, la mayor parte de la población femenina en México aspiraba a ser una heroína romántica, leía con fruición este tipo de relatos y se consumía entre los deberes de madre y esposa.

1.5 Algunos apuntes sobre los conceptos de novela, novela corta y novelita en México del siglo XIX

La novela corta empezó a tener importancia a partir de la mitad del siglo XIX. Es un género donde se relatan múltiples acciones; con un número limitado de personajes, ubicado en distintos ambientes y puede tener varios narradores, cada uno, con diferentes estilos. Esta forma narrativa se conoce con distintos nombres, en francés es *nouvelle*; en alemán es *novelle*; en italiano, *novella*; en ruso, *povest*; en inglés, *short novel* y en español, *novela corta*, aunque no siempre fue así.

Durante las primeras décadas del siglo XIX, predominaron otros términos para designar a la novela corta, entre los cuales destacan: novelita, novela breve, intento de novela, casi novela, pequeña novela, esbozo de novela, novela menor, novela reducida, cuento-novela, novela relámpago, novela comprimida.³³

México, en muchos sentidos, es un país de vanguardia en Latinoamérica, principalmente en lo que respecta a sus aspectos culturales; de hecho es aquí, como he mencionado, donde se publica la primera novela de América entera.

...El *Periquillo Sarniento* (1816) [novela que] puso la tónica de lo que sería durante un siglo la línea principal de la novelística mexicana [...]

³³ Cfr. Óscar Mata, *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, UNAM, México, 1999, pp. 34-35.

con afanes de reforma, con interés por educar y mejorar las condiciones morales, políticas y económicas de su patria.³⁴

Es al interior de esta primera novela, que aparece lo que podríamos considerar como la primera novela corta de México, pues "...Los capítulos V, VI y VII del tomo primero conforman una novelita, que en rigor sería la primera novela corta mexicana".³⁵

La novela corta es un género peculiar, pues su definición no se determina por el número de páginas, resulta realmente aventurado, a pesar de que se ha intentado en varias ocasiones, y también se ha puesto como parámetro el número de palabras. Aún así, la precisión del género es mucho más compleja que la determinación de posibles rasgos cuantitativos. Dada la gran diversidad de modelos que presenta la mencionada narración extensa a lo largo de la historia, es difícil elaborar una descripción precisa de la novela corta; su problema de enunciación "conduce a la vasta problemática que plantea la delimitación del género novela (prácticamente desde que apareció la palabra se ha designado con ella a todo tipo de obras de invención), particularmente en el aspecto de su extensión."³⁶

Es el novelista E.M Foster, quien fija el límite de 50,000 palabras para delimitar cuando es una novela y cuando una novela corta. Esto plantea el problema de que la narrativa evoluciona, y con ello la manera de escribir. Quizá en el siglo XIX se

³⁴ Sara Sefchonovich; *México, un país de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*, Grijalbo, México, 1987, p. 25

³⁵ Oscar Mata; *Op. cit.*, p. 37

³⁶ *Ibidem*, p.15

fuera más prolífico en las descripciones, de allí que una novela fuera una obra monumental; pero en nuestros tiempos, se puede construir una novela sin necesidad de escribir dos tomos de mil páginas. De allí que los criterios cuantitativos no nos sirvan para determinar cuándo hablamos de una novela corta, por ello se prefiere acudir a ciertas características que mencionan los estudiosos del género.

Guy Rohou³⁷ considera que la novela corta se caracteriza por contar la historia de los personajes sobre un hecho breve, una crisis, un acto. Es decir, su núcleo temático sería parecido al del cuento, pero tratado con mayor profundidad. Al respecto, Norma Clan nos dice

El cuento consiste principalmente de unidades núcleos imprescindibles y suficientes en el armazón de la historia a diferencia de la novela corta que aunque consista en una secuencia o episodio está rellena con unidades Catálisis, Indicios e Informantes que amplían el relato y le dan otra forma.³⁸

De estas caracterizaciones de novela corta, se extrajo que ésta se determina por una serie de rasgos fundamentales: no es muy extensa, gira en torno a un tema central tratado con profundidad, puede o no tener historias paralelas, pero éstas sólo amplían el tema central. De allí que la narrativa de Florencio del Castillo pueda circunscribirse en este género.

³⁷ Citado por Etiemble, *Ensayos de literatura (verdaderamente) general*, Taurus, Madrid, 1997, pp. 131-138

³⁸ Norma Clan, La problemática del género 'novela corta' en Onetti en *Texto crítico*, U.V., Jalapa, año VI, no. 18-19, julio-diciembre de 1980, pp. 204-2014.

De hecho, “Florencio María del Castillo (1827-1863) es el primer especialista plenamente reconocido del género, ya que la inmensa mayoría de su obra está formada por novelas cortas”.³⁹ Aunque la narrativa de este escritor es desvalorizada por diversos estudiosos como Brushwood que la tacha de pueril,⁴⁰ el estudio de la misma es interesante al ser considerado por Norma Clan el primer escritor mexicano en cultivar el género de la novela corta; si bien, ya existían novelas cortas antes de Florencio, como bien nos dice Celia Miranda Cárabes, quien recuerda que *Netzula*⁴¹ de José María Lacunza es una de las primeras novelas cortas en México. Quizá Clan se refiera a que Del Castillo es el primero que escribe toda su narrativa en forma de novela corta.

³⁹ *Ibidem*, p. 49

⁴⁰ Cfr. John Brushwood; *op. cit.*, pp. 162-163

⁴¹ Publicada el primero de enero de 1937

Capítulo II. Vida y obra de Florencio María del Castillo

2.1 Florencio María del Castillo Velasco: uno de los primeros novelistas

Nació en México el 27 de noviembre de 1828; su progenitor fue Demetrio del Castillo y su madre, Doña Francisca Velasco, ambos de Costa Rica. Florencio María del Castillo Velasco¹ fue una de las figuras de la literatura nacional en el siglo XIX, y también uno de los más incansables defensores de la Patria y de los ideales liberales de ese tiempo.

Durante sus primeros años de vida, gozó de medios económicos desahogados: su padre le procuró todos los recursos para su bienestar. Al terminar su primera educación fue enviado al colegio de San Ildefonso para continuar sus estudios. Por esta época murió su padre, motivo por el cual Florencio quedó en manos de su hermano mayor José María del Castillo Velasco.

Desde muy joven se interesó por la literatura, pero se decidió por la Escuela de Medicina; su espíritu exquisito (y bastante romántico desde el inicio de su vida) le impidió continuar con los estudios. “De lo que pudiera sufrir Florencio, se podrá tener una idea al leer lo que él escribió con el título *Dos horas en el hospital de San Andrés*”.² Así, al poco tiempo optó con ahínco por el cultivo de la literatura.

¹ Brian R. Hamnett se refiere a un Florencio del Castillo, también de origen costarricense, aunque por las fechas que registra se observa que se trata de un homónimo, pues según Hamnett es un clérigo que gobernó la sede de Oaxaca entre 1827 y 1842, durante la época de Gómez Farías (Cfr. María de Lourdes Alvarado, *La educación “superior” femenina en el siglo XIX*, CEU, Plaza y Valdés editores, México, 2004, p. 102).

² Luis G. Ortiz Florencio M. del Castillo. Algunos rasgos biográficos, su carácter, su obra. Prólogo, en Florencio María del Castillo, *Obras de don Florencio María del Castillo, Novelas Cortas*, Manuel C. de Villegas, México, 1875, p. XIII.

Como era costumbre de la época, el campo de la literatura estaba estrechamente ligado a su fuente de publicación: el periódico. De ahí que Del Castillo comenzó a publicar artículos y algunas novelitas cortas en distintos diarios de la capital, tales como *El Monitor Republicano*. Como apasionado que era, sus escritos le acarrearón una disputa personal que dirime en un duelo con el también escritor Félix María Escalante. Aunque el lance terminó sin desgracias que lamentar, este hecho nos muestra la personalidad de Florencio.

Para 1856 el país, tras una ya larga cadena de luchas tanto internas como externas, comenzó a convulsionarse: la lucha entre liberales y conservadores tomó otra vez tintes violentos y Florencio se lanzó a la política de manera comprometida, además de utilizar el periodismo como arena de su lucha ideológica.

Al triunfo de la Revolución de Ayutla, que Florencio había apoyado desde las columnas de su periódico, tuvo la oportunidad de comenzar propiamente una carrera política y formó parte del Congreso de 1857, como diputado suplente. Meses después tuvo lugar el golpe de estado de Comonfort:

La violencia con que combatió tal medida y la oposición furibunda que desde las columnas del “Monitor” hizo al gobierno emanado del Plan de Tacubaya, fueron causa de que nuestro periodista fuera tenazmente perseguido y al fin aprehendido, enviándosele primero á un cuartel, y después, en calidad de confinado, al Molino Blanco.³

³ Alejandro Villaseñor y Villaseñor, Prólogo a Florencio M. del Castillo en Obras, Novelas Cortas, Agüeros editor, México, 1902 p.VIII

Esta experiencia no minó para nada su tendencia liberal, ni su deseo de luchar siempre por el bienestar de la Patria. De hecho, los literatos de la época calificaban a Del Castillo como “un liberal sincero y un patriota entusiasta.”⁴ Este hombre ansiaba que las clases pobres mejoraran su nivel de vida; se preocupó constantemente por la educación, tanto del pueblo como de la mujer, y creía firmemente que el modelo liberal llevaría a la nación a ser feliz.

Luis G. Ortiz⁵ recuerda a Florencio como persona de un carácter reservado y taciturno, aunque también alegre, apegado a la familia, siempre pendiente que su madre estuviera bien y tuviera lo necesario. Un tanto explosivo y aficionado al café en forma desmedida. Fue también buen amigo y fiel esposo. Tenía por costumbre reunirse con Francisco González Bocanegra,⁶ Marcos Arróniz y Luis G. Ortiz en un cuarto de la calle San Juan de Letrán, que les servía a manera de oficina, a escribir artículos para *El Monitor Republicano*, periódico del que fue editor en jefe.

Estas tareas de periodista le robaban mucho tiempo como escritor de ficción, razón por la que su obra literaria fuera escasa y, en cambio, sus artículos fueron abundantes y con gran compromiso social. Aunque en algún momento, como tenía que cumplir con un determinado número de hojas para el periódico, pues vivía de ello, escribió notas inventadas. Al respecto, existe una anécdota que se refiere a continuación:

Presentóse el regente un día al redactor, manifestándole que para dejar cerrado el periódico sólo faltaban unas diez o doce líneas. Del Castillo, que de momento no encontró material para hacerlas, discurrió una

⁴ *Ibidem*, p. XVII.

⁵ Luis G. Ortiz; *Op. cit.*, p. XII.

⁶ A quien dedicó su novela *Hermana de los ángeles*,

noticia que era nada menos que la de su suicidio, ocurrido en la mañana de ese día. El periódico quedó completo, pero la alarma de sus amigos, y sobre todo, de su hermano, fue grande y le hizo dirigirse sin pérdida de tiempo a la redacción: ahí encontró muy tranquilo a Florencio, que le explicó el origen de la noticia: como D. José María le reprochase su ligereza, que tal susto y amargura le había causado, le contestó: – Ese párrafo me sirvió para llenar el periódico de hoy, y me servirá para tener un párrafo más para el de mañana, cuando desmienta la noticia de mi suicidio.⁷

Del Castillo, a pesar de ganar apenas lo necesario para vivir era de carácter generoso, pues como menciona Luis G. Ortiz en su biografía “todo el fruto de su trabajo lo dedicaba a su madre y para lo pobres, en obsequio de los cuales se deshacía gustoso de la peseta destinada a sus dulces, a las flores para su amada o a el (sic) café, su néctar preferido”.⁸

Florencio vivió varios sucesos que afectaron su ánimo, de por sí orientado a la tristeza, como fueron la pérdida de su padre y de sus amigos más cercanos.

Todo esto lo volvió aún más triste y, sin duda, orientó sus letras a la melancolía, aunque Ignacio Manuel Altamirano habla de las composiciones graciosas que en muchas ocasiones escribió Del Castillo en sus artículos periodísticos, mencionando incluso que ese género (el de la sátira) era su fuerte.

Sin embargo, Florencio prefería escribir sobre los dolores del pueblo, como el mismo dice, citado por Luis G. Ortiz: “No, yo no puedo escribir con la risa en los labios, yo soy el traductor de los dolores del pueblo; yo sufro con sus penas, y

⁷ Alejandro Villaseñor y Villaseñor; *op. cit.*, p. XIII.

⁸ *Ibidem*, p. X.

toda alma que padece simpatiza con la mía, que tiene una extraña predisposición a la tristeza”.⁹

En realidad, si se analiza su carácter ya de por sí sensible, y la serie de pérdidas que tuvo que enfrentar desde los doce años, se comprende esa “extraña predisposición a la tristeza” con facilidad. Hay que tomar en cuenta también, que en esa época el sufrimiento confería cierta dignidad a la persona que lo padecía, sobre todo si ésta lo soportaba con estoicismo y valentía, pues los escritores – principalmente– habían hecho del romanticismo una actitud ante la vida y ¿qué romántico no se precia de sufrir por lo que considera excelso?

De allí que sus escritos periodísticos fueran también apasionados y comprometidos con aquello que defendía. Utilizó al periódico como arma y esto le acarreó continuas persecuciones e incluso destierros, aunque, por otro lado, también le hizo digno de ser miembro de varias sociedades literarias. A sus ardientes escritos políticos hay que añadir críticas y artículos sobre modas para el *Monitor Republicano*, como el siguiente:

F.M. del C.¹⁰

Modas

[...]

⁹ *Ibidem* p. XVII.

¹⁰ Este era uno de los seudónimos del Florencio M. del Castillo; pero tenía otros como “El perrero”, “Lic. Rosal”, y “Genio”, seudónimos que principalmente utilizaba para sus artículos periodísticos, puesto que sus novelas siempre las firmó con su nombre completo (Cfr. María del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo; *Diccionario de Seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, UNAM- Instituto de Investigaciones Bibliográficas, México, 2000, pp.174-175)

Cuando las costumbres eran patriarcales allá en la edad de oro, los trages eran lo mas sencillos y naturales. A medida que la civilización y la corrupción aumentaban, los trages se complicaban; las telas groseras eran desechadas, y la seda, el brocado los encages, lo sustituían.

[...]

En vista, pues, de todas estas reflexiones nos pronunciamos abiertamente en contra del servilismo que nuestras paisanas tienen por las modas francesas.

Hemos dicho que la moda es el gusto en vestir. ¿No hay gusto entre las mexicanas. No es exageración; pero no cambio a mis paisanas ni por las hijas de Andalucía, ni por las celebradas romanas, ni por las vaporosas é ideales odaliscas.

[...]

Yo quiero que seamos nacionales en todo; bien está que lo bueno se adopte, ó como decía un ladrón agudo para disculpar sus defectillos, *lo bueno debe tomarse donde quiera que se halle; pero que sea con discernimiento*, con estudio, y no á ciegas, solo porque vino en el figurín de París.¹¹

En el mundo literario se dio a conocer, además de sus artículos, por una de sus novelas en particular, *Hermana de los Ángeles*, que Altamirano calificaba de novela espiritual y etérea. Subrayaba una serie de características admirables como el ser fruto del estudio y la meditación, tener una verdadera riqueza de ideas

¹¹ F.M. del C.; Modas en *El Monitor Republicano* No. 1253, miércoles 17 de octubre de 1848.

y porque “tiende a purificar las pasiones, y habla a los hombres de Dios, del cielo, de los inmensos tesoros que guardan en su alma, y de los que parecen olvidarse cuando se entregan a placeres de un instante...”¹²

Por esta clase de escritos del Castillo fue considerado un escritor romántico por excelencia y prometedor en cuestiones literarias. Aunque quizá, visto a la distancia, en realidad su obra no tenga las perfecciones que le alababan sus contemporáneos –que además eran sus amigos–; sí tiene esa candidez que atrae al lector en cierto momento, sobre todo cuando el amor exalta los corazones apasionados.

Sus demás escritos, que aparecieron en un compendio llamado *Horas de tristeza*, tenían también este aire apasionado y trágico, melancólico y sutil de *Hermana de los Ángeles*. Sus otras novelas cortas son: *Amor y desgracia*, *La corona de azucenas*, *¡Hasta el cielo!*, *Dolores ocultos*, *Culpa*, *Botón de Rosa*, *En un cementerio*, *Suicidarse por mano ajena*.

En su época, sus colegas lo comparaban con Balzac, diciendo que Del Castillo era el “Balzac” de México. La prosa de Florencio podría haber madurado hasta alcanzar notas muy altas; pero, esto no pudo ser posible, pues la muerte lo sorprendió a temprana edad.

Al darse la guerra de intervención Florencio combatió desde las columnas de *El monitor republicano*; sin embargo, como se diera la guerra de manera resuelta, Florencio junto a su hermano, se unieron a los mexicanos que peleaban por devolver a México su gobierno original. A los pocos meses se quedaron sin dinero y Florencio volvió a México con la intención de vender una casa, que en ese

¹² Alejandro Villaseñor y Villaseñor; *op. cit.*, p. XXIV.

momento era lo único que él poseía. No obstante, la venta no se daba, por lo que permaneció en México junto a su esposa y sus hijos.

Las circunstancias eran bastante malas para los enemigos de la Intervención, sobre todo porque el gobierno de Juárez se había vuelto itinerante y se encontraba en esos momentos en San Luis Potosí, por lo que el invasor era dueño de la Ciudad de México. El general Forey, que había comandado la toma del país, consideraba que todos los defensores del gobierno de Juárez eran peligrosos, y los declaró conspiradores.

Del Castillo estaba entre éstos, por lo que el 2 de agosto de 1863 fue aprehendido en su casa, se le encerró en un calabozo incomunicado y, posteriormente, lo enviaron a San Juan de Ulúa, aunque se le permitió despedirse de su familia. En aquella prisión contrajo la fiebre amarilla, conocida en la época como “vómito prieto”, por la que finalmente muere solo, en las mazmorras de San Juan de Ulúa, como bien menciona Altamirano.¹³ Fue enterrado en una fosa común y jamás se pudo encontrar dónde. Quizá, en esta ocasión sería válido afirmar que su vida fue la mejor novela romántica que Florencio M. del Castillo pudo haber escrito, con amores imposibles, trágicas pérdidas, miseria y finalmente, una muerte desgraciada y una tumba sin nombre.

¹³ Ignacio Manuel Altamirano *La literatura nacional. Revistas, ensayos, biografías y prólogos*, Porrúa, México, 1949, p.6 (col. Escritores Mexicanos, No. 1). Aunque cabe hacer notar que Villaseñor y Villaseñor, en el prólogo a las *Novelas Cortas de Florencio* editada en 1902, dice, citando a Luis G. Ortiz, que Florencio murió en el Hospital de Veracruz.

2.2 La expresión romántica en las “novelitas”

La obra de Florencio pertenece a un romanticismo temprano en nuestro país, exaltado por las circunstancias caóticas que se vivían en ese momento. Hay que agregar, también, las vivencias personales del autor, quien perdió seres queridos de manera trágica desde muy temprana edad. Todo esto sin duda y el ambiente melancólico que caracteriza a los intelectuales de la época, permite configurar novelas de lectura accesible, plagadas de tragedias personales, de sacrificios y de personajes femeninos.

El romántico asocia amor y muerte, como ocurre en el *Werther* de Goethe, para ellos, morir es una manera de alcanzar en la otra vida lo que no se puede alcanzar en esta. No se muere de amor, se muere por amor, sea para reencontrarse con un ser amado y perdido, sea para darle a quien se ama la libertad de vivir con alguien más. Morir por amor es la máxima hazaña que realiza el héroe romántico, por la que será recordado y admirado.

El amor atrae al romántico como vía de conocimiento, acrecienta su sed de infinito y de eternidad. El romántico cree en la vida más allá de la muerte y en la muerte como un simple paso para alcanzar la inmortalidad. Y como consecuencia la vía para fusionarse con el Todo, que es su principal objetivo.

El romántico ama el amor por el amor mismo, y éste le precipita a la muerte y se la hace desear, descubriendo en ella un principio de vida, y la posibilidad de convertir la muerte en vida: la muerte de amor es vida, y la vida sin amor es muerte.

En el amor romántico hay una aceptación de la autodestrucción, de la tragedia, porque en el amor se deposita la esperanza en un renacer, en la armonía del Uno y el Todo. En el amor se encarna toda la rebeldía romántica: todas las pasiones terminan en tragedia, todo lo que es limitado termina muriendo, toda poesía tiene algo de trágico. En la muerte, el alma romántica encuentra la liberación de la finitud.

En todas las novelas de Florencio, a excepción de *Dolores ocultos*, la muerte es mostrada como liberación, sea de las desdichas de la vida, sea del infortunio de la enfermedad. La muerte es trágica pero hermosa, porque da la dignidad a la persona que creía haberla perdido y permite que se redima y encuentre, por fin, la felicidad que la tierra le ha negado.

En todo momento, la muerte llega como algo esperado y deseado por quien la vive, más no así por quienes le rodean. Cada muerte es diferente: en *Amor y desgracia*, la muerte de Remedios, la pobre ciega enferma, viene a calmar su vida de sufrimiento y dolor, pero termina de hundir en la miseria emocional a Francisco y a la madre de éste, así como al doctor que la atendía y la amaba a un tiempo. No sabemos qué ocurre con ellos, pero definitivamente el cuadro último es trágico.

En cambio, en *Corona de Azucenas* la muerte llega a Soledad como una manera de glorificarla: es una muerte dulce, resignada, llena de grandiosidad, que hace que quienes la rodean, incluyendo al padre Rafael que la ama, se sientan impelidos a dar lo mejor de sí para ser dignos de guardar la memoria de una mujer tan piadosa. Es la misma muerte que sufre Rafaelita en *Hermana de los ángeles*, en la cual su esposo Manuel también inicia una nueva vida encaminada a hacerse digno de entrar al cielo para encontrarse allí con Rafaelita.

Otro tipo de muerte sufre Antonio, el protagonista de *¡Hasta el cielo!*, una muerte liberadora de sufrimientos físicos para él, pero también libera a Dolores y a Manuel, su esposa y su hermano, quienes se habían enamorado contra su voluntad, y que al morir Antonio, sienten la liberación pero deciden ingresar a la vida religiosa para transformar su amor – pasión, en un amor espiritual a toda prueba para poder reencontrarse en el cielo.

Por su parte, la muerte de Magdalena en *Culpa*, es más bien una forma de terminación del castigo. Ella es una mujer liviana, que por falta de una educación sólida a causa del inmenso amor que su madre sentía por ella, cae en una vida de vicio y vanidad en la que se pierde completamente; al quedar huérfana intenta encontrar ayuda en uno de sus amantes, pero no lo consigue y entonces cae más y más profundo hasta que muere sola en un hospital. Esta muerte no es gloriosa, pero sí liberadora de la inmundicia en que se había hundido, es el último recurso para detener la avalancha de perdición que puede ser el mundo.

También el amor y la mujer ocupan un lugar preponderante en las obras de Florencio, aunque a la mujer la presenta siempre desde un exceso de bondad, de iluminación, como si la figura femenina pudiera incluir dentro de sí todas las virtudes del género humano, sin ningún defecto. Aunque claro, también, cuando la mujer cae, como en *Culpa*, cae hasta lo más hondo, dejando claro que, mientras para un hombre es posible la reivindicación, como la del ciego de *Hermana de los ángeles*; para una mujer, tal esperanza está perdida para siempre.

Para Florencio, es el amor espiritual el mayor bien que puede experimentar un ser humano –hombre o mujer– durante su vida, no así el amor carnal cuando sólo

expresa pasión; lo cual no es una concepción privativa de Del Castillo, sino de la época en general, pues los románticos

...creemos y creeremos siempre que el amor, ora se dirija a la Divinidad, ora se manifieste en el orden humano, pero tan espiritual y puro como nosotros lo concebimos, de tal manera desligado de las cadenas de la materia, ese amor bendito y santo para el que la unión sexual es tan sólo la revelación en el orden físico de los sentimientos del espíritu, el lazo material de dos almas que se confunden y asimilan...¹⁴

Se observa en la obra de Florencio que sus personajes femeninos son, por lo general, jóvenes, casi adolescentes; enfermas, desdichadas y tendientes a las lágrimas con demasiada facilidad. Experimentan sentimientos de una manera tan intensa, que incluso les provoca enfermedad y muerte, pues en *Corona de azucenas*, Soledad, la protagonista, vive los intensos dolores de una represión amorosa de manera física, a través de fiebres y desmayos. Todo lo somatizan al extremo de morir para liberarse.

A esto hay que agregarle que las “novelitas” de Del Castillo tienen tramas muy sencillas, podríamos decir, casi esquemáticas, con atmósfera intensa y descripción de acontecimientos en pocos días; aunque en ocasiones abarcan toda una vida, la parte más “aguda” de la novela está determinada por unos cuantos días. A excepción de *Hermana de los ángeles* que sí describe episodios de

¹⁴ Manuel Gutiérrez Nájera; “El arte y el materialismo” en *El Correo Germánico*, año I, núms.. 3,4,8,11,12 y 16; recopilado por Belem Clark de Lara y Ana Laura Zavala, *La construcción del modernismo*, UNAM, México, 2002, pp. 16-17.

duración más larga, aunque hay que tener en cuenta que esta novela es extensa en comparación con las otras novelas cortas de Florencio.

Finalmente debemos hacer hincapié en una de las características más peculiares de la narrativa de Florencio: su tendencia a incluir citas de autores y libros clásicos, como Platón, San Agustín, La Biblia, y otros, lo que dan un aire de erudición a su obra, pero también muestran sensibles fallas a la hora de construir la narrativa.

2.3 El sesgo ideológico

Algo que no puede negarse es que Florencio era un liberal a todas luces, tanto, que arriesgó siempre su vida por defender sus ideales, e incluso, como he mencionado, murió en el hospital de Veracruz por mantenerse fiel a sus principios. Sin embargo, aunque sus novelas tienen un carácter marcadamente romántico, en las cuales inflama la pasión, los sentimientos, raras veces hace críticas del sistema.

Quizá en algunas ocasiones lanza diatribas a la educación religiosa de la mujer (como veremos más adelante) pero sus novelas no intentan representar a la sociedad mexicana de ese momento; al ser de corte romántico, tan sólo buscan exaltar la naturaleza de los sentimientos humanos. A pesar de esto, podemos vislumbrar lo que mueve al país en esos tiempos, como en *Dos horas en el hospital*, donde presenta la terrible realidad de los hospitales de México durante la intervención norteamericana. También cuando alude en sus novelas a las epidemias que mermaban la población, como el cólera y otras enfermedades. Estos hechos se reflejan en sus novelas, pero no podemos considerarlos como un sesgo ideológico, más bien eran reflejo de las circunstancias que rodeaban al autor.

Por otra parte, el hecho de ser romántico, lo convierte en un liberal, pues en ese tiempo, el romanticismo y el liberalismo se aliaban en un mismo sentido. “La literatura del siglo XIX está teñida por las luchas ideológicas y políticas entre

liberales y conservadores, es decir, entre dos modos de considerar cómo debías ser las instituciones en la República [...] cómo su cultura...”¹⁵

Esto es más cierto hacia mediados del siglo, pero en sus principios, los liberales tenían una base social similar a la de los conservadores, “...lo que determinó –por lo menos en el primer tercio del siglo XIX– una similitud de proyectos...”¹⁶

Florencio pertenece a esta similitud: su romanticismo es liberal, pero en sus novelas no se hallan arengas a la patria, ni a la libertad. Aunque sí se perciben ciertos rasgos de su pensamiento, como cuando habla sobre el padre español de Antonio en *Hasta el cielo*, lo menciona como un ser desconfiado, un tanto rústico, de maneras burdas y que rechaza a México y lo que éste significa como nación. Digamos que este tipo de “ideas” las encontramos en sus novelas, pero no va más allá, a diferencia de otros autores de la época, que utilizan sus obras como escenario de crítica social.

Este perfil de denuncia, en Florencio lo encontramos en sus artículos, en los cuales critica a la sociedad mexicana, defiende a la patria, vuelca sus sentimientos liberales y su forma de pensar; pero no en sus novelas, que son más interiores, más orientadas a los valores y sentimientos humanos, que a los patrios.

¹⁵ Sara Sefchonovich; *op. cit.*, p. 22.

¹⁶ *Ibidem*, p. 18

2.4 El ambiente como reflejo de los sentimientos

Analizar la obra de Florencio María del Castillo Velasco es adentrarnos en el mundo de los primeros románticos en México. Sus novelas son cortas e intensas, completamente contrastantes con las novelas clásicas, que generalmente son largas y de lectura un tanto más densa. La prosa de Florencio es sencilla, para su época resulta atrevida,¹⁷ pues proyecta la esencia de la modernidad en su momento.

Algo que resalta en su narrativa es su manera de concebir al hombre, influido quizá por el ambiente que imperaba en México en esa época, con guerras constantes, epidemias e invasiones. Por ejemplo, en *Hermana de los ángeles* se cuenta la historia de una mujer virtuosa casada con un ciego y de las desventuras que viven cuando él falta a los votos matrimoniales, mientras ella se mantiene amorosa a su lado, fiel a pesar de su pobreza y su enfermedad. En esta novela se observa una tendencia a utilizar la naturaleza como marco de fondo y ambientación para la escena que pretende narrar a continuación.

La naturaleza, ha dicho Zimmermann, nos parece triste y desolada cuando nuestro corazón está comprimido por algún pesar: por esta razón, los últimos rayos del sol del martes 13 de noviembre de 1849, que teñían de oro las torres de México y daban vida y animación al campo, parecían pálidos, opacos y fúnebres á las personas que en aquel momento se hallaban reunidas en la recámara de una de las

¹⁷ Como en su novela *Corona de azucenas*, donde narra el amor que surge entre una monja, Soledad, y su confesor, el sacerdote Rafael.

casas de la calle de San Juan, cuya ventana tenía vista hacia el Occidente.¹⁸

Desde su visión, claro reflejo del romanticismo imperante, el hombre y la naturaleza están en una comunión constante, razón por la cual ésta se solidariza con aquel en sus momentos de sufrimiento, pero también en los de esperanza. Este recurso lo repite en todas sus obras, siendo común que cuando se acerca el nudo de la historia el clima sea por lo general tormentoso, a media tarde o a punto de anochecer; en cambio, cuando se vislumbra la esperanza, describe amaneceres, o visiones en las que se filtra el sol a través de los árboles.

Llena de profunda tristeza concluía la tarde; una capa de nubes blancas y cenicientas ocultaban la faz del cielo: no lucían los rayos vivificantes del sol; la luz era azulada, opaca, como la que pasa a través de un velo, y un vientecillo frío y penetrante levantaba por momentos nubes de polvo, que volvían a caer al instante.¹⁹

Esta descripción sirve de introducción para presentar la escena en la que un joven desesperado escribe una carta para suplicar que no se lo lleven a la cárcel, pues debe mantener a una madre anciana y a una prima enferma. Es la historia de *Amor y desgracia* en la que Francisco, único hijo de un matrimonio venido a menos, con gran educación pero sin dinero, debe sostener a su madre y a su prima que es huérfana, ciega y epiléptica. Viven varias desventuras y, finalmente, la prima, de la que Francisco está enamorado, muere y deja desolada a la familia.

¹⁸ Del Castillo, Hermana de los ángeles en *Obras de don Florencio María del Castillo, Novelas Cortas*, p. 249.

¹⁹ Del Castillo, Amor y desgracia en *op. cit*, p. 3.

Como se puede ver, la naturaleza se sintoniza con la situación y sirve de marco para la tragedia que el autor contará. Esta consonancia de los ambientes se verifica constantemente:

Hicieron las religiosas llamar al capellán para que auxiliara los últimos momentos de su hermana... pero antes que éste llegase, ya había entregado Soledad su alma al Señor, en medio de los sollozos de la comunidad, á la hora en que el sol se sepultaba, cuando las hojas secas de los árboles gemían lúgubrementemente al ser arrastradas por el viento.²⁰

Esto no se presenta en todas las novelas; en otras, por el contrario, utiliza a la naturaleza como elemento de contraste, en un intento de volver aún más patética la escena:

Llegó a Coyoacán. El sol, ya muy inclinado hacia el Occidente, iba enrojeciendo sus rayos. El cielo estaba azul y limpio; el aire era tibio y perfumado, y el polvo que se levantaba al paso de los caballos parecía una lluvia de oro...²¹

La anterior descripción sirve para enmarcar el momento del duelo entre Lorenzo, un joven noble de 20 años, y Don Diego, un viejo perdido por la pasión hacia Rafaelita; en este duelo morirá Lorenzo, asesinado a traición por D. Diego, lo que sucede en *Hermana de los ángeles*; sin embargo, la naturaleza más que entristecerse parece rendirle un homenaje al espíritu caballeresco del joven. Por

²⁰ Del Castillo; *Corona de azucenas* en *op. cit.*, pp. 129-130.

²¹ Del Castillo; *Hermana de los ángeles* en *op. cit.*, p. 355.

otra parte, los lugares donde suceden las escenas de sus novelas son, generalmente, por completo cerrados: habitaciones de enfermos, cuartos de hospital, teatros, conventos, iglesias:

¡La iglesia de las Capuchinas estaba solitaria; serían poco más de las dos de la tarde y el cielo se iba cubriendo de nubes tristes y cenicientas. Reinaba en la iglesia una luz opaca, azulina, y todo convidaba á meditar allí, el perfume del incienso, la soledad y las armonías del piano, que pulsado por una mano hábil, dejaba escapar de tiempo en tiempo, con cierta solemne lentitud, armonías tristes, sentidas, llenas de mística poesía.²²

Este es el escenario donde Luis conoce a Magdalena, el objeto de su imposible amor, lo que sucede en la novela *Culpa*, en la cual, se muestra el descenso a la perdición de una joven hermosa pero malcriada, egoísta y deslumbrada por el dinero y la buena vida. Otro espacio que está relacionado con la religión es el convento: “El convento parecía sumergido en un triste y profundo silencio; sólo se oía de vez en cuando el gorgojo de algunas avocillas en el jardín.”²³ Así se describe al convento en *Corona de azucenas*, la historia de una niña huérfana que queda a cargo de una mujer de corazón duro, que también muere al cabo de unos años y la deja en un convento; allí, la jovencita toma los hábitos, pero se enamora de un sacerdote, lo cual trae sufrimientos a su cuerpo y alma, aunque jamás cae en la tentación y vive virtuosamente hasta el día que muere.

²² Del Castillo; *Culpa*, en *op. cit.*, pp. 424-425.

²³ Del Castillo; *Corona de azucenas* en *op. cit.*, p. 129.

Aunque éstos no son los espacios más socorridos por el autor, pues sus favoritos son los cuartos de los enfermos:

Algo de triste hay siempre en la recámara de un enfermo; parece que se respira una atmósfera pesada que comprime el corazón: nada de particular tenía aquella piececita, y sin embargo, era imposible mirarla sin entristecerse profundamente.²⁴

¡Cuán triste y lúgubre es el aposento de un enfermo! Parece que se respira allí el ambiente frío y húmedo de una iglesia; parece que el silencio de las tumbas pesa sobre el corazón y comprime sus latidos. Nada importa que el aposento sea lujoso: podría decirse que el dolor es como una nube que empaña el brillo del oro...²⁵

En muchos momentos sus personajes se mueven en ambientes oscuros, tristes, hasta podríamos decir que un tanto enfermizos. La naturaleza la ven a través de las ventanas, que generalmente tienen cortinas pesadas o vidrios sucios.

La estética romántica de Florencio es más bien lóbrega; contiene ese elemento que hace sentir una cierta angustia, que también invita a la compasión. Claro que es una compasión que raya en lástima. Sólo cuando toca elementos religiosos, como en *Corona de azucenas*, sus ambientes se tornan un poco más luminosos, pero no dejan de ser cerrados y fríos.

La frialdad es un elemento constante en Florencio; tiene una visión pesimista de la sociedad y considera que gran parte de ella ha perdido el alma entre la desgracia y la guerra, entre la pobreza y la enfermedad; sólo los seres

²⁴ Del Castillo; *Amor y desgracia* en *op. cit.*, p. 9.

²⁵ Del Castillo; *¡Hasta el cielo!* en *op. cit.*, p. 135.

excepcionales, aquellos que han sido tocados por la musa sensibilidad pueden sustraerse a la degradación moral y convertirse en héroes trágicos de su propia vida, aunque para ello tengan que sufrir toda clase de infortunios y terminen encontrando la liberación en la muerte.

En este punto la prosa de Florencio toca a la muerte, en la mayoría de sus novelas, como un instrumento necesario para trascender; el proceso de elevación de aquellos que han sido marcados por la adversidad y aún así mantienen su espíritu puro, culmina en este plano con la muerte, para elevarse a un plano superior, donde la dicha será su recompensa a tanto sufrimiento.

Algo que se observa en los personajes de Florencio es que en ellos se debaten entre las fuerzas de la razón y de la pasión: por una parte saben cuál es la forma en la que deben actuar, y por la otra desean hacer todo lo contrario. Esta lucha constante de la emoción con el pensamiento se traduce, frecuentemente, en enfermedad, caracterizada por fiebres, desmayos y padecimientos similares. Además que desde el principio, la persona tiene una constitución frágil, predispuesta a trastornos físicos pero todos psicossomáticos, es decir, que tienen su origen en los desórdenes emocionales que presentan por permanecer en lucha consigo mismos.

En este sentido, el “yo” de los personajes del autor en estudio es demasiado egocéntrico; aunque las mujeres son totalmente abnegadas y desprendidas, y los hombres sólo pensaban en el bien de su madre o de su amada, en realidad se centran únicamente en sus propios procesos. Esto significa que si bien el “héroe” está dispuesto a hacer todo por su amada, en realidad estos esfuerzos van encaminados a mantenerla a su lado, a no perderla, a ganar el derecho de

llamarla suya. Por ello se puede decir que el romanticismo representa el “yo” individual a través de lo subjetivo, y Florencio se ocupa de recrear el mundo interno de sus personajes, entrar en sus motivaciones y conocer sus emociones. Esto lo logra alternando una narración en tercera y en primera persona. Siempre inicia en tercera, contándole al lector todo lo que sabe de los personajes, explicando la razón de su miseria, de su dolor, pero, a cada momento, permite que ellos entren en sus propias cavilaciones, las cuales se dan en primera persona, lo que le confiere mayor dramatismo y fuerza. Así conocemos los dolores de sus personajes, sus sueños, sus constantes pugnas entre el placer y el displacer. En este sentido, cabe mencionar que todos los personajes de Florencio, sean hombre o mujeres, que tienden a negarse el placer, no porque no deseen ser felices, sino porque lo consideran inapropiado para su naturaleza.

En el fondo, la mayor parte de su prosa refleja las propias cavilaciones del autor, su proceso de enfrentarse a la vida. Esto resulta muy obvio en el texto “Dos horas en el hospital” que pertenece a la novela *Dolores ocultos*, en el que narra las impresiones que tuvo él mismo cuando fue estudiante de medicina. El texto es por completo una reflexión sobre la muerte, pero ya no aquella inefable y liberadora de la conciencia humana, sino la degradante del cuerpo humano, la muerte física que todo descompone y que destruye incluso la mayor belleza. La descripción que allí hace del hospital es por completo deprimente, no deja lugar a la esperanza; incluso, el sacerdote que se encarga de dar la extremaunción es descrito como una persona burda, sin mayor preparación espiritual ni capacidad para cumplir su tarea.

Reinaba una profunda soledad en los sombríos corredores del hospital de San Andrés [...]. Esta especie de salón sin luz, sin ventilación, porque las ventanas por donde debería recibirla están muy altas, muy estrechas y muy mal colocadas, es en extremo largo, muy elevado y sobremanera lóbrego, aun de día [...]. De noche se halla iluminado apenas por una delgada bujía de sebo, metida dentro de un farol sucio, colocado en el ángulo mas retirado de la pieza, lo que hace que los rayos de luz se pierdan antes de llegar á la extremidad del aposento, y sólo se retrate en las paredes y en el techo esa pavorosa claridad...²⁶

Este relato es diferente a todos los demás, pues no presenta a la religión como consuelo, ni a la muerte como liberación.

Se sabe que la estructura del “yo” romántico se puede resumir en tres arquetipos interrelacionados a los que correspondían casi todos los héroes o imágenes poéticas: el trasgresor prometeico de las barreras del deseo; el individuo superior y alienado socialmente; y la conciencia fragmentada.

De estos tres, el más común en las novelas de Florencio es de la conciencia fragmentada, principalmente en los personajes masculinos; sólo algunos de sus personajes representan al individuo superior y alienado socialmente, como Soledad en *Corona de Azucenas*, o Rafaelita en *Hermana de los ángeles*.

Lo que no encontramos es el trasgresor prometeico, aquel que se atreve a ir contra el destino para alcanzar la inmortalidad.

De esta manera, los temas básicos que se van a reflejar en su novela son el egocentrismo, pues todo se centra en el individuo; la libertad, pero desde el punto de vista del espíritu, pues lo que busca es el alma libre, el cuerpo no es tan

²⁶ Florencio del Castillo, Dolores ocultos en *Op. cit.*, p. 199

importante;²⁷ el amor, pero el sublime, el que no es posible alcanzar ni realizar, ese amor inefable que se convierte en el eje de la vida y que, finalmente, se libera a través de la muerte; ésta última como un nuevo principio de vida, como una manera de renacer, pero siempre debe ser una muerte por amor, para que el sentido trascendente sea realizado; finalmente está la religión, que Florencio entiende como la fuente de la fortaleza humana junto al amor; sus personajes, si no pueden optar por la muerte —que jamás es provocada, es decir, los héroes de las novelas de Florencio no se suicidan, sino que la muerte los alcanza como consecuencia de sus penurias físicas y emocionales—, se deciden por la vida monástica como en *Hasta el cielo*, donde Dolores y Manuel, al ver su amor imposible, además de sentirlo culpable, deciden convertirse en monja y sacerdote y sublimar su amor en la religión.

²⁷ Poner

Capítulo III. Las mujeres

Desde que el patriarcado comienza a sentar sus bases en el mundo, la historia de la mujer ha quedado relegada en el olvido. Con el nacimiento del feminismo y la búsqueda de emancipación por parte del sexo femenino, se comienza a retomar el estudio del papel que la mujer ha jugado a lo largo de la historia. Sin embargo, en el siglo XIX, época que interesa para este estudio, el papel de la mujer en la conformación de la sociedad no era del todo reconocido. Se le admiraba, sí, su gracia de ser madre, la capacidad de ser buena esposa y ama de casa; se le encomiaba su carácter de “pilar de la familia”, de poseedora de las buenas costumbres, de casta y virtuosa antes y después del matrimonio; pero no se le reconocía el derecho a vivir una vida propia, a equivocarse, a trabajar y a tantos etcéteras que suena a clichés. Tampoco se le reconocía la existencia de una vida emocional llena de vericuetos.

La literatura mexicana a principios de esa centuria experimentaba el paso del neoclasicismo al romanticismo pleno, ese romanticismo angustiante y desdichado, donde la mujer juega el papel de musa inspiradora, de ángel, de poseedora de todos los virtuosismos, de sacrificada en extremo, un papel a todas luces heroico, pero, sinceramente, irreal.

En sus novelas Florencio M. del Castillo nos presenta a esa muchachita dulce y enfermiza, a esa heroína sacrificada, a esa dama respetuosa de su virtud; sin embargo, entre líneas, a través de sutiles símbolos, también toca los recovecos del alma humana, la capacidad de sentir pasión, de sentir placer y dolor, de todas

esas sensaciones emocionales que, en la realidad, le estaban negadas a la mujer, so pena de ser considerada indecente o “mala”.

Es precisamente a través del estudio de los tipos de mujer que Florencio describe en sus obras, que se intentará encontrar esos pequeños deslices de su pluma donde pinta todo ese mundo emocional reprimido en las mujeres. Un detalle que salta a la vista en todas las novelas de Castillo es que la mujer es su heroína principal, siempre virtuosa, joven, hermosa y enferma. A cada una de ellas reserva un destino aciago, marcado por la desgracia, la pobreza, la enfermedad y la muerte, pues sólo en ella se encuentra la liberación de toda pena, se alcanza el bien más elevado.

Otro aspecto muy marcado es que, para Florencio, la familia es la fuente formadora de valores, el refugio obligado, la solidez interior. En ella, el papel de la mujer es el de “pilar”, de soporte. Es la madre o la esposa abnegada la que mantiene en alto el espíritu de la familia aunque ésta sea azotada por toda suerte de desventuras. En cambio, el papel del hombre es el de proveedor, sea el padre o el hijo; su deber es dotar a la familia de valores, de sustento, de honor. Esto se ve a cada paso en sus novelas, donde, por cierto, casi siempre falta el padre, pero no porque haya abandonado sus deberes familiares, sino porque a causa del esfuerzo supremo por mantener a los suyos lejos de toda desventura, ha perdido la vida de alguna manera trágica.

Lleno de probidad, de una honradez proverbial, infatigable, y sin más pensamiento que el porvenir de su hijo Francisco, había logrado unos años antes volver sus capitales al esplendor antiguo; más de pronto sus cálculos comenzaron a fallar, y el torrente revolucionario, que ya se

había desatado entonces en nuestra infortunada patria, les dió el último golpe. Parece que á medida que su ruina se consumaba se exaltaba su valor; sin embargo, en 1838, como he dicho, la quiebra fue inevitable... El padre vió con ojos enjutos, porque los grandes dolores no tienen ni el alivio de las lágrimas, vió casi con estoicismo venir á sus acreedores y arrastrar hasta con los muebles de su casa. Mas cuando á esta excitación del momento sucedió el silencio, ese silencio horrible de la miseria, el buen hombre se abatió: no hubo más esperanza para él; la tristeza carcomió su existencia, y pocos meses después lanzaba sobre su familia su última bendición en un aposento miserable...¹

Este es un claro ejemplo del papel que el padre está destinado a jugar en las novelas de Florencio: el de proveedor fugaz e inspiración para el resto de la familia. A partir de ese momento todo recae en la figura materna, en esa mujer aparentemente frágil y dulce que es la madre abnegada, que guarda una fuerza increíble con que mantener unida lo que queda de familia. El cuadro no estaría completo sin un hijo, que velará por la madre con todas sus fuerzas, y finalmente aparece “ella”, la mujer ideal y angelical que cautivará por igual el corazón del hijo y de la madre. Generalmente esta joven tendrá entre 16 y 18 años, será hermosa, gentil, apasionada, suave, puede ser que esté enferma, también puede ser que se dedique a cuidar a un enfermo – generalmente su esposo – con una abnegación propia de una “santa”; lo que sí, es que sufrirá cruelmente en todos los sentidos, desde la pobreza hasta la culpa.

También están aquellas mujeres que quedan huérfanas, pierden a sus padres a edad muy temprana y son recogidas por alguna mano caritativa que les da de

¹ Florencio M. del Castillo; Amor y desgracia en *Op. cit.*, p. 18

comer, las viste y calza, pero no les brinda amor materno, simplemente las educa para que sirvan de algo, pero no para que se sientan amadas y comprendidas.

Algo que cabe destacar aquí es que en todo momento, Florencio hace referencia a la necesidad del amor de una madre: puede faltar el padre y aún así los hijos crecerán fuertes y virtuosos, pero al faltar la madre es necesario que, sobre todo la mujer, encuentre alguien que guíe sus pasos para evitar que se pierda en el vicio. La única que puede educar en la decencia y la virtud es la mujer, por ello su figura es tan importante para el ideario femenino del romántico.

Tenemos entonces a la madre abnegada, que dará hasta la vida para evitarle cualquier sufrimiento al hijo:

La madre, antes de todo, quería evitar á Francisco hasta el menor disgusto. Si ella hubiera sabido la repugnancia con que éste adoptaba el postrer recurso que le quedaba, sin duda á fuerza de amor, á fuerza de consejos le hubiera quitado de la cabeza esa determinación; más Francisco le había dicho que amaba con todo su corazón esa carrera...²

Es decir, no le importaba nada que no fuera el confort del hijo. En este sentido, quizá el amor de madre se malentiende, y se le inculca a la mujer que lo mejor es brindarse completa, sin pensar en ella misma jamás, pues de allí proviene su fuerza, del amor que puede demostrar a los suyos.

Muy diferente es la mujer que jamás ha sido madre, pues ella no sabe nada de este amor tan vasto. Sin embargo, aquí encontramos una falacia: Florencio considera que el simple hecho de tener un hijo le confiere a la mujer la capacidad

² *Ibidem* p. 26

de amar sin límites, incondicionalmente; pero cuando no ha podido engendrar, entonces el alma de la mujer está seca y no puede amar como es debido:

...aquella mujer era de un carácter inculto y áspero como los frutos silvestres: jamás había tenido hijos, y por lo mismo era incapaz de reemplazar á una madre, á ese ángel de amor y de ternura que Dios ha colocado a las puertas de la vida!.³

Esta afirmación de Florencio de que “por no haber tenido hijos” no sabía ser madre es, quizá, producto de su tiempo, y de la deformada visión que se tenía del rol materno en esa época, así como de la peculiar característica que tienen la mayoría de las madres mexicanas, la abnegación y el amor más allá de sí mismas. Claro que también podría obedecer al pensamiento liberal que pugnaba por presentar a la familia como la base de la sociedad, tal como efectivamente termina consignado en la Constitución de 1917.

La misma Mme. Calderón de la Barca menciona los lazos que tan íntimamente unen a las familias en México, especialmente a las madres con las hijas:

Nunca he conocido un país que como en México las familias estén tan estrechamente unidas, en donde los afectos estén tan concentrados o en donde exista este devotísimo respeto y obediencia de parte de los hijos e hijas casadas para con sus padres [...] Conozco muchas familias cuyos hijos casados siguen viviendo en casa de sus padres, formando una especie de pequeña colonia...⁴

³ Del Castillo; *Corona de azucenas* en *op. cit.*, pp. 60-61.

⁴ Mme. Calderón de la Barca; Mme. Calderón de la Barca; *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. Traducción y prólogo de Felipe Teixidor, Ed. Porrúa, 1970. (Sepan Cuántos..., Núm. 74), p. 348

Esto nos muestra sin duda la estrecha relación que provocaban los vínculos familiares y, en cierta forma, nos permite comprender el porqué son retratados tan “románticamente” por Florencio los vínculos entre madre e hija, madre e hijo, y entre primos.

3.1 La represión de la mujer en el siglo XIX

Las modas en la vestimenta y los requisitos legales históricamente han contribuido a la represión de la mujer. Por ejemplo, a mediados del siglo XIX, una cintura delgada era considerada un signo de belleza, y para lograr este estándar, las mujeres se ciñeron a sí mismas en corsés diseñados para oprimir el estómago, y otros órganos internos, hacia adentro y hacia arriba, creando la apariencia de una cintura diminuta. Además, vestían sobre éste, hasta 5 capas de enaguas bajo sus faldas largas hasta el piso. En la última mitad del siglo, se agregaron los aros de alambre y el menearse como resorte para dar el aspecto de plenitud. El peso de este conjunto se aproximaba a los 10 Kg. Ahora sabemos que muchas de las características asociadas con el "sexo débil" eran resultado de esta vestimenta restrictiva, incluyendo el "comer como un pajarito", una tendencia a hablar débilmente y la actividad física reducida. Thorstein Veblen ha observado que "el corset es, en teoría económica, un instrumento de mutilación que tiene el propósito de reducir la vitalidad del sujeto, rindiendo su personalidad y obviamente incapacitándolo para el trabajo."⁵ Una variedad de enfermedades respiratorias y reproductivas (incluyendo frecuentes abortos) que sufrían las mujeres de la época han sido vinculadas directamente con los insalubres dictados de la moda "reloj de arena".

El mismo Del Castillo habla de la moda en uno de sus artículos, que ya se ha reseñado anteriormente, pero que nos parece necesario retomar porque sus

⁵ Citado por Bernard Rudofsky. *Are Clothes Modern? An Essay on Contemporary Apparel*. Paul Theobald editor, Chicago, 1947, p. 103

comentarios nos remiten a una idea de imposición sobre la mujer, de represión incluso en su vestido, él menciona:

...una joven con vestido blanco es lo mas bello que hay sobre la tierra. Muy lejos estoy de pedir que los vestidos sean altos; lejos de ni tan horrible idea; una muger á quien se le ve diez líneas más del empeine del pié, pierde para mí toda su idealidad y se transforma en un ser material y prosaico...⁶

Este es un pensamiento genuino de un hombre del siglo XIX, para quien la mujer debe ser etérea, lejos de toda vulgaridad prosaica. Podríamos suponer que, para un romántico, la mujer debe ser ideal, por lo que cualquier gesto que destruya esa imagen es algo que los agobia y molesta. Pero, también hay que considerar la educación masculina de la época, que colocaba a la mujer como un ser menos inteligente que el hombre y menos capaz para enfrentarse al mundo, de allí que necesitara de un protector, de un guía, de alguien que orientara sus pasos hacia su misión en el mundo que era, por supuesto, ser el apoyo del varón, tal como lo hace Rafaelita: “Como si Rafaelita hubiera comprendido desde luego la misión á que estaba destinada, desde que Manuel perdió la vista fue su apoyo...”.⁷

Claro, la represión no sólo se hallaba presente en la manera de vestir o de comportarse, también en la educación a la que la mujer tenía acceso; en la imposibilidad de vivir solas, pues de no casarse su única opción era el convento, no podían quedarse sin compañía; en la sumisión que debían tener hacia su

⁶ F.M. del C.; “Modas” en *El Monitor Republicano*, miércoles 17 de octubre de 1848

⁷ Florencio del Castillo; *Hermana de los ángeles* en *Op. cit.*, p. 268.

marido; en la ausencia de placer que debían sentir ante el sexo, el cual era sólo un medio de reproducción, nunca una forma de recreación o de expresión del amor; en fin, los aspectos que se reprimían en la mujer en el siglo XIX eran muy vastos y variados.

A pesar de esta represión, la realidad en ciertas clases sociales de principios del siglo XIX era muy distinta. La aristocracia mexicana se permitía toda clase de licencias; aunque claro, con ciertas reglas implícitas. Una mujer de esa clase social podía recibir educación; tener amantes además de marido, moda europea que se asentó en México; ser caprichosa, culta y provocativa; porque era producto de la ilustración. Debemos recordar que “así como el siglo XIX romántico presentará una clara predilección por el dolor y la tragedia, el siglo de la Razón buscaba el placer”.⁸ Mientras que las mujeres de principios del siglo XIX no se dejarían dominar por ningún hombre; las mujeres plenamente educadas bajo la influencia del romanticismo se inclinan al sacrificio y la abnegación. La misma autora antes citada nos dice:

[...] las mujeres mexicanas de finales del siglo XVIII y principios del XIX no estaban dispuesta a dejarse humillar ni mandar por ningún hombre, se consideraban iguales o superiores al sexo masculino, no querían esclavizarse con hijos y tareas domésticas, y únicamente se interesaban por las modas, las tertulias y las diversiones; [...] La burguesía romántica tendrá como principal tarea moralizar a las mujeres, encerrarlas en el hogar para que cumplan con sus deberes y

⁸ Galí Boadella; *op. cit.*, p. 45

convencerlas de que la máxima virtud de una mujer es su capacidad de sacrificio...⁹

Entonces, aunque el romanticismo significó –como movimiento literario y artístico– una rebelión contra las reglas del neoclasicismo y la razón, en la vida social fue justamente lo contrario, fue una forma de imponer reglas a la mujer. Al idealizarla, al convertirla en un dechado de virtudes, en un ser etéreo digno de todo elogio y cuidado, en un ser frágil; la transformaron también en un ser dependiente, excesivamente pudoroso, inferior al hombre en cuanto a derechos y obligaciones, pero superior a él en lo que respecta a perfección moral.

El romanticismo vino a construir el sueño de una mujer ideal, que hacía a la mujer real soñar con alcanzar el cielo, amada de una manera sublime y eterna; pero que en verdad la recluyó a ser víctima de pasiones no confesadas y a vivir una vida marcada por el sacrificio, la abnegación y la represión en todos los sentidos. El hogar y las tareas domésticas se transformaron en su único universo posible; mientras que el mundo, el trabajo, la participación social activa, la política, la economía y demás aspectos, fueron campo de acción sólo del hombre, que podía perderse en los vicios sociales porque siempre existiría una mujer, “un ángel” que podría salvarlo de sí mismo.

3.1.1 La educación de la mujer en el siglo XIX

Durante todo el siglo XVIII, el llamado “Siglo de las Luces”, se comienza a crear el marco político, ideológico, institucional y ético que hereda el siglo XIX y que

⁹ *Ibidem*, p. 68

sigue vigente, en muchos de sus aspectos, incluso hoy en día. En esos momentos, se plantean argumentos que darán esperanzas a toda la humanidad; se habla de igualdad, de felicidad, de libertad, pero, sobre todo, de educación; si bien, la mujer dieciochesca era liberal en muchos sentidos; se debe reconocer que no tenía acceso a los mismos privilegios que el hombre; por ejemplo, no podía votar.

Por poner otro ejemplo citemos a Rousseau, quien era un hombre ilustrado, de pensamiento novedoso, que realizó grandes aportaciones al mundo a través de sus libros de historia, filosofía, teoría política, pedagogía; pero que, cuando se trató de la mujer, la consideró un sexo de segunda, cuya naturaleza la obligaba a:

...dar placer [a los hombres], serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos, criarlos de jóvenes, cuidarlos de mayores, aconsejarlos, consolarlos, hacerles agradable y dulce la vida, esos son los deberes de las mujeres en todos los tiempos, y lo que se les ha de enseñar desde la infancia.¹⁰

Ese pensamiento ubicaba a la mujer en el sacrosanto papel de hija, esposa, madre y hermana abnegada, sumisa, dócil, amorosa, sacrificada. Todas aquellas virtudes que los románticos se encargaron de exaltar en sus novelas, tal como lo hace Florencio; aunque en los artículos que publicaban en los periódicos pugnen por una educación para la mujer. Sin embargo, habría que preguntarse qué tipo de educación; porque incluso en los artículos de los periódicos del siglo XIX, cuando se toca el tema de lo femenino, todavía se considera que existen trabajos que le

¹⁰ Jean J. Rousseau; *El Emilio o de la educación*, Porrúa, México, 1980, p. 65

son apropiados; es decir, ellas no pueden hacer cualquier cosa, tienen que hacer sólo lo que le queda a su naturaleza. En esto tenía mucho que ver el punto de vista religioso sobre la fémina.

La incorporación de la mujer al sistema educativo, según la Iglesia, era una forma de moldear en principios y valores cristianos al elemento cohesionador de la familia y el hogar. El acceso de ella al sistema educativo no buscaba, de ninguna manera, alterar la función social de la misma; buscaba fundamentalmente alfabetizarla y adiestrarla en algunos quehaceres domésticos para el mejor funcionamiento del hogar y de la familia. Su educación, en caso de haberla, debía ir orientada a su misión en la vida.

En *Corona de azucenas* podemos ver un claro ejemplo: “A los nueve años la anciana se propuso educar á Soledad. Enseñóla a barrer el suelo, á hilar, y le infundió sus ideas religiosas”.¹¹ Florencio habla de “educar” a la mujer como sinónimo de enseñarle a desempeñar tareas domésticas y a tener sentimientos religiosos.

Como vemos, la enseñanza del siglo XIX, muy influida aún por la Iglesia en todos los niveles, sigue contemplando a la mujer en un papel secundario. El prototipo más frecuente fue el de perfecta casada, reina del hogar, piadosa y buena madre y esposa. De allí que su instrucción en establecimientos educativos, oficiales o preferentemente privados, no estaba dirigida a formar académicas o sabias, sino a enseñar "doctrina cristiana, leer, escribir, coser, bordar con seda, oro, lana, etc., dar colores en papel, abotonar y tejer cintas y cordones, hacer

¹¹ Del Castillo; *Corona de azucenas* en *op. cit.*, p. 63

flores, planchar y encarrujar";¹² es decir, se les instruía con esmero en actividades que eran consideradas propias de su sexo.

Si bien en las novelas de Florencio no encontramos alusiones directas a la educación que la mujer recibía, si podemos encontrar veladas insinuaciones de lo que debía ser una buena educación para la mujer:

Privada de una educación grave y seria, cuan debe ser en nuestro concepto la que se dé á las mujeres, todas las buenas facultades con que Dios había dotado su espíritu y su corazón, quedaron atrofiadas [...] La educación de Magdalena se reducía á saber bailar [...], á tocar la guitarra, á pintar una letra hermosa, pero poco correcta...¹³

Es claro entonces que la mujer necesita de una educación religiosa, porque la naturaleza de la ignorancia femenina la induciría a los vicios. También se nota una alusión a la ausencia de placer, pues en esa época, el placer era algo velado para las mujeres; quienes debían mantenerse templadas en todo momento y no dejarse arrebatadas por sus instintos:

Indudablemente Dolores parecía una de esas criaturas exuberantes de vida y de fuerza, destinadas por la ciega naturaleza para el ardiente placer de los sentidos: he aquí por qué, más que nadie, necesitaba ella una de esas educaciones ideales y religiosas.¹⁴

¹² José Antonio Romero, *Informe dirigido por el Gobierno del Estado de Jalisco al Excmo. Presidente a consecuencia de la circular mandada por el Ministerio de Relaciones al mismo, en 20 de agosto del presente año. Guadalajara: imp. del gobierno a cargo de don Nicolás España, 1834, pp. 12-14; e Informe sobre el estado actual de la administración pública del Estado de Jalisco, leído por el Excmo. Sr. Gobernador ... ante la honorable Asamblea Legislativa en la apertura de sus sesiones ordinarias el día 1o. de febrero de 1835. Imp. del Gobierno a cargo de don Nicolás España, Guadalajara, 1835, p. 19*

¹³ Del Castillo; *Culpa* en *op. cit.*, p. 419

¹⁴ Del Castillo; *¡Hasta el cielo!* en *op. cit.*, p. 160

Si la educación no es religiosa, si no está orientada a crear en la mujer ese sentimiento de perfección que le da la castidad, la represión de sus instintos, la sumisión al hombre; entonces la educación no es correcta ni suficiente. La educación era un medio para salvaguardar la dignidad femenina:

Nosotros creemos que con raras excepciones, todos los seres están igualmente dotados; todos tienen en el corazón una semilla que con el cultivo será una flor; sin el cultivo un abrojo. Todo depende de la educación. Esta gimnasia moral es la que apresura ó retarda, la que favorece ó impide el desarrollo de los espíritus [...] Magdalena era, pues, una mujer, como todas, pero mal favorecida por la educación moral.¹⁵

Así, una mujer debía recibir una sólida formación moral para que en su corazón se formara la bondad, de allí que a Rafaelita, la protagonista de *Hermana de los ángeles*, la pinte como un dechado de perfecciones, porque fue "...educada bajo la amorosa é incesante vigilancia de la madre...",¹⁶ por lo que "...su corazón se conservó casto y purísimo, sin que se albergara en él ninguno de esos sentimientos que más tarde encienden una lucha fatal entre las pasiones".¹⁷ Lo que nos sugiere: que la madre es quien debía educar a la hija, pues siempre una mujer se desarrolla "santa y virtuosa" si es dirigida por una "sabia matrona", que controle sus impulsos y guíe su carácter.

¹⁵ Del Castillo; *Culpa* en *op. cit.*, p. 446

¹⁶ Florencio del Castillo; *Hermana de los ángeles* en *Op. cit.*, p. 269

¹⁷ *Idem*

Se observa, entonces, que las costumbres de su tiempo se dejan entrever entre las líneas de las “novelitas” de Florencio del Castillo, costumbres que consideraban que “Gracia y desenvoltura, conocimiento de la moda, agilidad y ritmo en los bailes, amenidad en la conversación y alguna habilidad musical constituían los elementos de una buena educación en las jóvenes aristocráticas”.¹⁸

Resulta un tanto paradójico que, mientras se empeñaban en afirmar que la mujer estaba hecha para el hogar y no para educarse igual que el hombre, los órganos literarios en el siglo XIX estuvieran dedicados al sexo bello, a las señoritas y a la mujer mexicana. Esto responde a la concepción social que se tenía, de que la mujer no podía aspirar a más en el nivel intelectual. Los periódicos y las publicaciones dedicadas a la mujer en ese tiempo buscaban “elevar su condición mediante la sensibilidad literaria con periódicos musicales, religiosos, literarios o de economía doméstica. La prensa literaria se ofrecía como un tributo al "sexo bello" para ayudar a su "limitada educación", esto guardaba relación con el papel social de la mujer creado en una sociedad conservadora”.¹⁹

La sociedad decimonónica consideraba a la mujer como un ser débil, por lo que cuando se habla de educación, tanto en novelas como en revistas de la época, se hace mención a su corazón y no a su intelecto.

Hablando en términos generales he de decir que las Señoras y Señoritas mexicanas, escriben, leen y tocan un poco, cosen, y cuidan

¹⁸ Gonzalbo P.; *La educación de la mujer en la Nueva España. Antología*, México, SEP-Cultura, Ediciones el Caballito, 1985, p. 115 (Biblioteca Pedagógica).

¹⁹ Adriana Pineda Soto; [La prensa pro cultural de Michoacán hacia finales del siglo XIX](http://www.cge.udg.mx/revistaudg/rug28/contenido28.html) en *Revista de la Universidad de Guadalajara*, Num. 28, México, 2003 [En línea en <http://www.cge.udg.mx/revistaudg/rug28/contenido28.html>]

sus casas y de sus hijos. Cuando digo que leen, quiero decir que saben leer; cuando digo que escriben, no quiero decir que lo hagan siempre con buena ortografía y cuando digo que tocan, no afirmo que posean, en su mayoría, conocimientos musicales. Sucede con frecuencia que las muchachas peor educadas son hijas de hombres muy inteligentes, que pegados a las costumbres de sus abuelos se contentan con que se confiesen con regularidad, asistan asiduamente a la iglesia, y lleguen a bordar y a cantar un poco. Donde se encuentra un criterio más amplio es, sobre todo, entre las familias que han viajado por Europa, y han visto la educación tan diferente que recibe la mujer en los países extranjeros.²⁰

El mismo del Castillo tiene varios ejemplos, como los citados anteriormente, que hacen referencia a la necesidad de una “educación moral”, que encamine a la mujer a cumplir con su misión en la vida. De allí que a las mujeres se les invite a la discreción, la afabilidad, la ternura, el silencio y otros aspectos que se consideran parte de su naturaleza.

A pesar de esta imagen, de este aparente oscurantismo en que la mujer vivía, ya desde el siglo XVIII “los reformadores ilustrados querían educar a las mujeres en el sentido más amplio del término”,²¹ es decir, formarlas de tal manera que ilustraran su mente y su espíritu, la primera a través de la enseñanza de aritmética, escritura y lectura; el segundo, por medio de una sólida formación religiosa. Se acentuaba en el XIX la opinión de que era muy pertinente educar a las mujeres. En 1807, aparecían en los diarios artículos que mencionaban entre otras cosas que eran “...necios que veían a las mujeres como criaturas destinadas

²⁰ Mme. Calderón de la Barca; *op. cit.*, p. 52

²¹ Silvia Marina Arrom; *Las mujeres de la ciudad de México, 1790-1857*, trad. Stella Mastrangelo, Siglo XXI editores, México, 1988, p. 30.

únicamente al placer y a la servidumbre [...] como si fueran incapaces de contribuir a los más altos fines del estado, una vez ilustradas...”.²² El mismo del Castillo aseguraba que “El medio más eficaz de mejorar la condición moral del pueblo es educar a la mujer”.²³

Esta opinión no contradice para nada lo leído en sus novelas, porque en ellas Florencio siempre habla de educar a la mujer para salvarla. Aquí se debe tener claro que para los intelectuales del siglo XIX la educación era integral, es decir, no sólo se cuidaba de alimentar la mente, sino también el espíritu; como las novelas de Del Castillo son románticas, él exalta en ellas la educación espiritual, y en sus artículos en el periódico la educación intelectual, de tal manera que, desde diferentes campos abogaba por el mismo fin.

Aún así no debe pasarse por alto el hecho de que se educa a la mujer, pero para que sea una compañera del hombre; no para que forme parte de la vida productiva del país. Claro que tampoco se desechaba la idea de que una mujer educada podía trabajar y, de esa manera, mantenerse honorable aun cuando hubiera quedado viuda: lo que se pretendía al educar a la mujer era “... preparar madres responsables, esposas ahorrativas y compañeras útiles para los hombres.”²⁴

²² s/a, *Diario de México*, 9 de enero de 1807, p. 34.

²³ Florencio María del Castillo, Educación de la mujer en *Monitor Republicano*, 14 de abril de 1856.

²⁴ Silvia Marina Arrom; *Op. cit.*, p. 30

3.1.2 El convento: ¿una opción viable para las mujeres solas del siglo XIX?

Las posturas románticas acerca de la religión son variadas. No obstante, en general la creencia no la fundan los románticos en ninguna norma establecida, en ninguna moral instituida, sino en un sentimiento interior y en una intuición esencial de lo divino que conduce a una unión mística con Dios. Para algunos románticos no existe la divinidad fuera del mundo y del hombre, y debemos actuar motivados por el entusiasmo y el amor, una comunicación directa entre el hombre y la Naturaleza, el hombre y Dios, el Uno y el Todo.

En Florencio su idea de lo divino se halla indisolublemente ligada a los ritos de la religión católica, si bien en algunas de sus novelas pone en entredicho ciertas prácticas cotidianas de dicha religión. Aún así, percibe el dolor, el amor, el sufrimiento, el perdón, la pasión y toda la gama de sentimientos que el hombre puede experimentar, desde el punto de vista de este culto, también considera que el cielo es el máximo bien que se puede alcanzar, el lugar donde no pueden entrar la tristeza, la desgracia, el odio, las bajas pasiones, la enfermedad y todos aquellos elementos que contribuyen al sufrimiento del hombre.

Lo que hay de esencialmente nuevo en la religión de los románticos es este sentimiento interior. El intercambio o comunicación entre el individuo y el universo denota una vida superior y es la primera condición de la vida moral. La conciencia de pertenecer a un todo, de formar parte de él desde la propia individualidad, conlleva una responsabilidad moral. Ésta es llevada en la obra de Florencio a un punto máximo que, incluso, conduce a la muerte, pero no por mano propia, sino

por vía de la enfermedad que se apodera del cuerpo cuando el alma sufre, o bien, por un extraño, tal como lo hace el personaje de *Suicidarse por mano ajena*, quien desea morir, pero al mismo tiempo, no quiere irse solo, ni tampoco perder la oportunidad de alcanzar el cielo; por ello sale un día con una pistola, mata a otra persona para que sea su compañero en el viaje de la muerte, se deja prender y, finalmente, es condenado a muerte y ejecutado.

Ahora bien, en todo momento, es la fe en Dios la que permite reprimir las emociones y pasiones en los “elegidos” para ser sensibles, para ser diferente, “como tocados por Dios”. A través de las enseñanzas piadosas es como las madres defienden a las doncellas de perderse por las pasiones de los hombres. Algo que se le inculca a la mujer desde el principio de su infancia, en las novelas de Castillo, es la idea de la castidad, del amor a Dios, de la abnegación, de la fe. Si la mujer está a punto de perderse siempre puede recurrir a la oración, a la Biblia, al sacrificio o al consejo de un sacerdote. Aquellas que no son educadas así, tarde o temprano se pierden.

La anciana calculó muy bien que el único modo de salvar á su nieta de los peligros á que se iba á ver expuesta, por el temperamento de que había sido dotada, era el de hacerla concebir un idealismo religioso, de amor y anhelos hacia la otra vida, que la hiciera tener sin cesar los ojos fijos en el cielo...²⁵

Lo anterior muestra dos cosas: por un lado, que la religión era el único medio de salvar de la perdición a un alma inocente, y que existe una cierta predisposición

²⁵ Del Castillo, *¡Hasta el cielo!* en *op. cit.*, p. 161

física a caer en la tentación, pues se habla del “temperamento” con que nace Soledad. Otro fragmento de sus novelas que muestra la importancia que le daban a la religión como principal forma de educación de las mujeres es el siguiente:

A los nueve años la anciana se propuso educar á Soledad. Enseñóla á barrer el suelo; á hilar, y le infundió sus ideas religiosas. Ideas á las que la moral más pura no habría hallado que tachar, pero que tenían el defecto demasiado común de que para inculcar las cosas abstractas y espirituales, se valían de imágenes materiales.²⁶

Se observan de nuevo aquí dos cosas: por un lado, se considera que “educar” a la mujer consiste en enseñarla a ser una buena ama de casa y una católica piadosa, no se habla de que tenga algún oficio, que aprenda a leer o que desarrolle su intelecto de alguna manera. Por otra parte, el autor hace una crítica cuando dice que “tenía el defecto demasiado común” de darle cuerpo a las cosas abstractas. En este sentido, se refiere a un hecho que llama la atención: para inculcar el amor a Dios en las jovencitas, los adultos –fueran seculares o religiosos– las hacían pensar en él como en un esposo y en el cielo como en una mansión donde gozarían todas las dichas. Sobre este aspecto, el mismo Florencio hace reflexiones importantes:

Este es el grave defecto que hemos notado en algunos de los libros más comunes de devoción. Con el objeto de hacerse comprensibles á todas las inteligencias, materializan hasta donde es posible sus comparaciones, se identifican con los diferentes géneros de vida é inician á las mujeres en ciertos misterios que acaso no debieran tener

²⁶ Del Castillo; Corona de Azucenas en *op. cit.*, p. 63

conocimiento [...] le dan cuerpo á Jesucristo, su esposo espiritual, y pretenden imprimir en el corazón de las monjas afectos muy semejantes á los que se profesarían a un esposo.²⁷

Esta sustitución del amor carnal por el amor espiritual encarnado en la figura de Jesús, es una de las grandes razones por las que las mujeres de ese siglo idealizaban al hombre. Consideraban que, en cierta forma, el amor de pareja debía ser semejante al espiritual, y que su esposo sería compasivo y comprensivo, de suaves maneras y la amaría con la misma intensidad, pero jamás se planteaban la realidad del sexo, porque en el amor espiritual el sexo no existe.

Por lo tanto, el placer queda excluido desde el principio, aunque el amor espiritual podía producir felicidad, ésta era incompleta, ya que no era posible alcanzarla en esta tierra, se debía esperar hasta la muerte.

Existen muchas razones por las que una mujer del siglo XIX ingresaba al convento; en ocasiones muchas mujeres de clases populares manifestaban deseos de ingresar a la vida monacal, pero no podían pagar una dote; éstas eran apoyadas por los frailes franciscanos para ingresar a los conventos de pobres religiosas capuchinas, convirtiéndose ellos en sus padrinos y confesores. En otras ocasiones era la influencia familiar, o bien el hecho de que las mujeres han pasado su vida recluidas en el convento, desde la niñez, pues era costumbre mandar a las niñas a estudiar en conventos para así alejarlas de una vida de tentaciones. Ya Mme. Calderón de la Barca expresa sus propias conclusiones sobre las causas por las que una mujer pudiera desear ingresar al convento:

²⁷ *Ibidem*, p. 86

Una muchacha que no sabe del mundo, que, como sucede a cada paso, no encuentra en su hogar ni diversiones ni enseñanzas; que no conoce más sociedad que la de su casa; que desde su infancia está bajo el dominio de su confesor, y cree, a pie juntillas, que si entra al convento se asegura la gloria; a más de que en él le esperan muchas compañeras de sus mismos años, y las monjas antiguas la colmarán de alabanzas y de mimos, no es de admirar que, después de todo, consienta en asegurar su salvación en tan fáciles términos.²⁸

En los tiempos decimonónicos solía presentarse la castidad de las religiosas como la virtud más alta ante Dios, incluso, se sublimaba tanto el deseo de permanecer unida al Todopoderoso que, en muchas ocasiones las novicias y monjas terminaban enfermas. Del Castillo retrata muy bien este tipo de “arrobamiento místico”.

Estos arrobamientos eran demasiado frecuentes en la huérfana; era que su imaginación, exaltada desde la infancia, había adquirido mayor poder y extensión en la soledad y el silencio de los claustros; concentradas sus ideas en un solo punto, hacia el cual había hecho converger todas sus facultades [...] su alma, completamente libre de los sentidos [...] comunicaba un exceso de vida al cerebro a expensas de las demás partes del cuerpo...²⁹

Soledad, que es de quien habla Florencio en el párrafo citado, era huérfana, situación común entre muchas de las mujeres que ingresaban al convento;

²⁸ Mme. Calderón de la Barca, *op.cit.*, p. 142

²⁹ Del Castillo; “Corona de azucenas” en *op. cit.*, p. 73

también existían aquéllas que, al quedar viudas optaban por la vida monacal para no quedarse solas en el mundo.

Ella no es la única que se refugia en el convento, en *¡Hasta el cielo!*, Dolores prefiere la vida conventual al quedar viuda, pues siente que el amor que tiene hacia el hermano menor de su esposo muerto es imposible, por lo que ella se aleja de él ingresando en un convento, y él toma el camino de la milicia. Ambos con la idea fija de que se reencontrarán en el Cielo y entonces podrán vivir felices.

De alguna manera, el romanticismo con que se presentaba la idea de ingresar al convento como una forma de elevarse ante los ojos de Dios era producto del desconocimiento de la vida conventual. La mayor parte de las jóvenes que ingresaban en un convento no lo hacían por voluntad propia; quienes sí lo deseaban tenían la firme convicción de que les esperaba una vida con una familia amorosa y eterna, pues en eso se convertían las religiosas, en la familia de la novicia; sin embargo la realidad de una vida llena de privaciones, ayunos y mortificaciones no era conocida por las jovencitas hasta que ya habían tomado los votos y era tarde para arrepentirse. Aún así, eran los familiares quienes por lo general decidían la suerte de las jovencitas, como bien lo retrata Mme. Calderón de la Barca:

La muchacha era muy bonita, gorda y graciosa, y tal vez hubiera podido llevar una vida comodona en el mundo, para el cual parecía estar bien dispuesta. No mostraba en su expresión ni el más leve asomo de romanticismo o de arrebató, mas como disfrutaba el honor infortunado

de ser sobrina de dos canónigos, éstos, al cumplir ella dieciocho años, le encontraron la vocación sin que les costara nada.³⁰

Además, en el convento una mujer nunca quedaba sola o desamparada, no tenía que enfrentarse al mundo y podía aprender música o algún otro oficio que desempeñar en el interior de su comunidad. También podía, dependiendo de la orden en que ingresara, acceder a una educación más elevada que la de las mujeres seglares. El interior del convento brindaba, igualmente, la oportunidad de escapar de matrimonios no deseados, pues ante la disyuntiva de un esposo que no querían y el convento, generalmente elegían el segundo. Aquí cabe hacer una curiosa anotación; en realidad, aunque Florencio ponía a algunas de sus heroínas experimentando la vida conventual o eligiéndola para salvar su alma o esperando la recompensa del cielo, pinta los conventos más reales que románticos:

Durante los primeros días, todo el convento fueron mimos y agasajos para Soledad; cada monja quería tenerla consigo; compadecíanla por su desgracia; le pintaban un risueño porvenir, y la colmaban de promesas. Sin embargo, cada día fueron siendo menos expresivas estas demostraciones, y cuando hubo pasado la novedad, la pobre niña quedó entregada al olvido común.³¹

Esto nos da una idea de la realidad que se vivía tras los muros de un convento; incluso Mme. Calderón de la Barca dice que las religiosas eran orgullosas: “El pecado más extendido en un convento parece ser el de la soberbia”.³² Aún así, a

³⁰ Mme. Calderón de la Barca; *Op. cit.*, p. 146

³¹ Del Castillo; *Corona de azucenas* en *op. cit.*, p. 69

³² Mme. Calderón de la Barca; *op. cit.*, p. 106

las religiosas se les reverenciaba y se les consideraba privilegiadas entre la sociedad.

En realidad la vida conventual era una manera de alejarse de problemas. Muchas mujeres optaban por ella después de enviudar, tal como lo hizo la misma Mme. Calderón de la Barca, quien ya grande y viuda decidió entrar al claustro. Otras más porque era una forma de asegurarse una vida tranquila; las mujeres que no tenían dote veían la vida conventual como una salvación, ya que su falta de dinero era un obstáculo para contraer un matrimonio adecuado y beneficioso. Estaban también las que habían sido obligadas, por sus padres o por algún otro familiar, a elegir esa vida piadosa para bien de la familia. De lo que podemos extraer como conclusión que muy pocas mujeres elegían el convento como una verdadera vocación de vida.

3.2 El triángulo amoroso y la culpa

En el romanticismo de Florencio del Castillo abundan los triángulos amorosos para perturbar el ánimo del enamorado sincero. Generalmente éstos surgían por mero error, por equívocos del destino; pero en ocasiones eran buscados con desesperación por alguno de los involucrados. Tal es el conflicto que se desata, que generalmente los implicados –sobre todo la mujer– cargan con una culpa el resto de su existencia, que les impulsa a tomar decisiones apresuradas o equivocadas.

3.2.1 El conflicto amor-pasión en el romanticismo de Florencio María del Castillo

La sociedad mexicana de mediados del siglo XIX estaba aún dominada por las ideas eclesiásticas de la castidad y la perversión que significaba el sexo. Además, patriarcal como era, esta sociedad tendía culpabilizar a las mujeres por cualquier coquetería, desliz o poca virtud; mientras que en el hombre permitía –aunque veladamente– todas estas cosas y más.

La necesidad de alejar a la mujer de todo tipo de placeres físicos, aunada a una educación excesivamente restrictiva y a una presentación idealizada del amor, provocaba continuos conflictos al interior de las jóvenes, quienes se debatían entre lo que sentía su cuerpo y lo que su alma deseaba. Este conflicto podría ser a tal grado intenso que bien podía llevarlas a la locura, la enfermedad y la muerte.

Para Florencio, el amor verdadero era fuerte y eterno, a diferencia de las pasiones que podían ser volcánicas pero siempre efímeras: “El amor verdadero, el amor del alma, vive de sí propio y pasa á través de la carne como la luz en el cristal; no tiene palabras que lo expliquen, y su fruición no por puramente espiritual es menos atractiva que la del otro amor.”³³

Por “el otro amor” debemos entender al carnal, al que sólo despierta la pasión del sexo y del deseo por el otro; de este amor, Florencio se expresa en términos despectivos: “...y las convulsiones de la pasión para ese otro amor bastardo, cuyo elemento está en el sangre y que vive en los sentidos”.³⁴

Esto nos impulsa a creer que en el siglo XIX las mujeres se aferraban al amor puro, espiritual, porque era el “...único punto de certeza y apoyo en un mundo caótico e impredecible, el único valor al que hombres y mujeres podían aferrarse con cierta esperanza de permanencia”.³⁵ Sin embargo, también anhelaban ese amor carnal que tan despreciado era, claro está, siempre sublimado de alguna manera. Por ejemplo, en “Corona de azucenas” Soledad sublima su pasión a través de la música:

Por la noche, una especie de picante curiosidad la hizo estarse en vela; miró á la novia bella, amorosa, dar el brazo á un gallardo joven... Con sólo este espectáculo experimentó Soledad una sensación tan dolorosa como incomprensible [...] Era una semilla que acababa de caer en su corazón... De pronto la música, que daba la señal para el baile, llenó el

³³ Del Castillo, *Hermana de los ángeles* en *op. cit.*, p. 285

³⁴ *Idem*

³⁵ Nathaniel Branden, *La psicología del amor romántico*, Paidós, México, 2000, p. 56

aire con torrentes de armonía [...] Desde aquella noche amó Soledad la música...³⁶

Por supuesto esta primera sensación pasional que experimenta Soledad la canaliza en la música, la sublima, la lleva a un estado de exaltación que más adelante le provocará toda clase de malestares físicos como mareos, desmayos y fiebres; lo que nos lleva a suponer que en su corazón había nacido el amor romántico, que “bajo el punto de vista de Freud [...] sólo es una expresión sublimada de los impulsos sexuales más oscuros.”³⁷

Claro que en las novelas de Florencio no existen deseos oscuros de parte de los protagonistas: ellos son puros en sus intenciones, pero no pueden controlar del todo los impulsos de sus cuerpos:

Sus palabras habían adormecido poco á poco la inteligencia del confesor; sin causar una revolución súbita en sus sentidos, los habían ido excitando lentamente hasta el momento en que se sintió subyugado... hasta el momento en que corría hirviendo la sangre por sus venas, comunicando á sus miembros movimientos involuntarios y animales.³⁸

Sin embargo, los protagonistas no ceden a esos primeros impulsos, se abstienen de mancillar su amor de esa manera, porque sienten admiración por la otra persona, embeleso, adoración.

³⁶ Del Castillo; Corona de azucenas en *op. cit.*, pp. 64-65.

³⁷ Nathaniel Branden; *Op. cit.*, p. 57

³⁸ Del Castillo; Corona de azucenas en *op. cit.*, p. 99

Caso totalmente opuesto en quienes representan a los antagonistas, como Don Diego en *Hermana de los ángeles*, quien es un ser mezquino capaz de todo tipo de argucias para obtener lo que desea: a Rafaelita. En este tipo de personajes no existe conflicto, porque no tienen conciencia de sus actos y no les importa en lo más mínimo.

En cambio, en el amor sublimado que experimentan los protagonistas el conflicto siempre está presente:

[...] la voluptuosidad de los pensamientos de Dolores no debe entenderse por ese deseo animal de un goce grosero, que embota los sentidos y empaña la mente cuando se obtiene, sino más bien por su natural ternura y poesía; por ese anhelo vago de una felicidad desconocida e ideal, en la que para ella se hallaban mezclados los placeres sensuales del cuerpo y los goces indefinibles del espíritu [...] ³⁹

La pureza de la mujer, su “natural inocencia” la salva de bajas pasiones, pues las sublima y puede comprenderse como una especie de “estado de gracia” en ellas. Sobre todo si estas mujeres fueron educadas, como Dolores, de una manera ideal y religiosa.

Sin embargo, estos mismos seres “dulces” sufren cuando se ven presas de un amor imposible, arden en deseos pero no pueden entregarse al goce porque eso significaría traicionar todo lo puro que tiene su alma.

³⁹ Del Castillo, *¡Hasta el cielo!* en *op. cit.*, p. 160.

¡Terrible el combate que se trabó entre sus ideas llenas de virtud, que le señalaban instintivamente un abismo á su paso, y sus deseos, sus necesidades, que la arrastraban con una fuerza irresistible, que le demandaban sensaciones tanto más vehementes, cuanto que apenas las había saboreado!...⁴⁰

Este conflicto es llevado completamente a los extremos, en el caso de Dolores: al enamorarse del hermano de su marido se cree perdida; sin embargo, se mantiene fiel y pura; al morir su marido, ella decide ingresar al convento, mientras que su amor imposible toma el camino de las armas. Ambos seguros de que podrán realizar su amor en el cielo. En cambio, para Soledad, la única salida a sus pasiones incomprendidas, a su eterno conflicto entre lo que desea y lo que debe hacer, es la muerte. Es ésta la última liberadora de su alma atormentada.

A pesar de que Florencio retrata en las mujeres y en los hombres este conflicto intenso, dando una ventaja obvia al género femenino por considerarlo más sutil y etéreo, su principal personaje de todas las novelas cortas escritas: Rafaelita, es inmune a estas pasiones.

Rafaelita es el ejemplo de la perfección, del amor puro, de la abnegación hasta el extremo de sufrir la infidelidad de su marido y aún así seguirle fiel hasta la muerte, creyendo en él, esperando el momento en que él despierte de su sueño de pasión y se de cuenta de la gloria que es tener una mujer que lo ame.

Estos conflictos de las mujeres, en la obra de Florencio, entre su pasión y su convicción, entre su cuerpo y su espíritu, son en ocasiones llevadas a tal extremo que son somatizadas en forma de fiebres o enfermedades:

⁴⁰ *Ibidem*, p. 165

Semejante género de vida había creado un antagonismo fatal entre su cerebro y su corazón, entre su alma y su cuerpo, entre el otro mundo y éste; había trastornado hasta cierto punto las leyes de la naturaleza; destruído la armonía y dado origen, por consiguiente, á una reacción peligrosa y violenta, que según los síntomas no tardaría mucho en verificarse.⁴¹

Al no poder encontrar la razón de sus deseos, sea por desconocerla sea por no querer encontrarla, la joven cae presa de una enfermedad grave de la que sólo puede librarse con la muerte. En el caso de Soledad, a quien se refiere el párrafo anterior, la educación que había recibido y que la hacía confundir a Cristo con un esposo, la condena a una lucha constante con su conciencia. Todo el tiempo se siente culpable porque añora una escena de su infancia, aquella en la que una joven pareja recién casada se estrechaba uno en brazos del otro. Soledad no sabe cómo llamarle a eso, pero lo desea; el problema es que ella, por ser huérfana y haber sido recogida por una monja está destinada al convento, a una vida que nunca llenará ese vacío de un amor que la abrace, que la haga sentir. No sabe que eso es lo que quiere, pero lo intuye y se siente culpable por no poder cumplir con las expectativas de una novicia que quiere profesar.

En cambio, a Dolores, el no poder cumplir sus sueños de amor pasional con el hermano de su esposo, la sume en una depresión, una melancolía que, finalmente, culmina con un desmayo por el simple roce de la mano de él con la de ella. Esta pasión no satisfecha la lleva a la culpa por un hecho que no ha sucedido, pero que se desea, que se evade y se busca al mismo tiempo.

⁴¹ Del Castillo; Corona de azucenas en *op. cit.*, p.80

Son estos sentimientos mezclados de culpa, deseo, frustración y pasión los que llevan a las protagonistas a sufrir episodios histéricos. Hay que recordar que Freud dice que

Un recuerdo traumático es olvidado, pero el sentimiento y la emoción de ese recuerdo sigue dando vueltas y queda ligada a un aspecto físico. La idea es que, si podemos recordar y reelaborar ese evento traumático, esa emoción se va a desenganchar de la extremidad o lo que sea fisiológico.⁴²

En el caso de los personajes femeninos de Florencio, este recuerdo traumático puede asociarse a la muerte de la madre, como en el caso de Soledad, quien también se aferra a un recuerdo hermoso, el del baile, como algo inalcanzable, lo que hace de esa memoria un anhelo frustrado y, por lo tanto, patológico; que se va a recrear a través de desmayos, fiebres, sudores y constitución físicamente débil.

3.2.2 El matrimonio como opción para preservar el honor de una mujer del siglo XIX

La definición de la mujer como esposa y madre abarcaba una amplísima gama de medios impresos, entre ellos las revistas femeninas, los manuales de comportamiento, la novela, los programas escolares, la legislación, los textos médicos, los tratados sociológicos y los discursos académicos.

⁴² Freud citado por Beatriz Burgos; La desconocida estructura de la histeria en *Mujeres hoy, el portal de las latinoamericanas*, [en línea <http://www.mujereshoy.com/secciones/1996.shtml>]

Hasta el siglo XIX había imperado el concepto aristotélico de la mujer como ser física, moral y mentalmente inferior al hombre. Desde el siglo XIII hasta el siglo XVIII se pueden identificar brotes sucesivos de una polémica secular entre detractores y defensores del sexo femenino; pero incluso los segundos aceptaban la premisa ascética de la mujer como copia defectuosa del varón. Se asociaban, según la teleología aristoteliana, con la imperfección, la izquierda, la oscuridad y el mal.

La mujer que Aristóteles inventa no es producto únicamente de su propia lectura, sino de la sistematización de un imaginario y de una mentalidad colectiva cuyas raíces se hunden en el pasado [...] la mirada aristotélica sobre la naturaleza femenina, llega a los hombres y mujeres de la calle y se inscribe en las mentalidades integrándose finalmente en el sentido común.

Es en este “orden natural de las cosas”, en donde la “mujer” [...] tiene su lugar y su destino. Cuerpo y naturaleza son entonces elementos indisolubles cuando “se nace mujer”.⁴³

El gran cambio operado por el pensamiento del siglo XIX consiste en la convicción, expresada por todos, de que no es la mujer sino el hombre el que es el pecador empedernido, el ser caído, la carne débil: "la mujer" se conceptuaba como un ser moralmente superior por su abnegación y su capacidad para amar, perdonar y consolar.

⁴³ Belinda Arteaga Castillo, Las mujeres y su educación, en María Adelina Arredondo (coord.), *Obedecer, servir y resistir. La educación de las mujeres en la historia de México*, UPN, México, 2003, p.325

Una de las características de algunos textos decimonónicos sobre la mujer, es precisamente su planteamiento de ésta desde un punto de vista sesgado; es decir, no abarca todas las condiciones sociales, culturales o ideológicas.

Está claro que la clasificación de la fémína que pretende englobar a todas en su supuesto "estado natural ", comprende tan sólo a las mujeres de clase media. La mujer no trabaja fuera del hogar pero cuida de la casa y de sus hijos, a los que amamanta y educa cariñosamente. Se contraponía a las mujeres "desnaturalizadas", tanto a las de clase baja que descuidan la casa y los hijos por su trabajo extra-doméstico; como a las de clase alta, que confían sus hijos a niñeras y se dedican a disfrutar la vida social y el materialismo.

En este siglo se abandona la creencia antigua de que la mujer es la imitación defectuosa del hombre y se adopta la nueva de que la mujer es la contraria complementaria del varón. Las diferencias primarias sexuales, para los pensadores del siglo XIX, llegan a afectar cada fibra del cuerpo y conllevan profundas diferencias psíquicas y mentales: el hombre se asocia con la razón, la objetividad, la cabeza, la creatividad, la agresividad y la ambición; la mujer, con la sensibilidad, la subjetividad, el corazón, las emociones, el mimetismo y el amor altruista:

La mujer, por su parte, respira en todos sus actos aquella dulzura, aquella prudencia, aquella exquisita sensibilidad de que la naturaleza ha dotado a su sexo; y corresponde al amor exclusivo que en ella ha puesto el hombre que la ha considerado como el centro de su más pura felicidad, haciendo que él encuentre siempre a su lado satisfacción y

contento en medio de la prosperidad, consuelos en los rigores de la desgracia, estimación y respeto en todas las situaciones de la vida.⁴⁴

Una mujer exitosa es una mujer casada y más aún si es madre. En este prototipo de madresposa se sitúa a un ideal femenino al que continuamente aluden los románticos pero que nunca es su heroína. Obviamente una madre está para guiar a los hijos, para cuidarlos, para criarlos, no para andar despertando pasiones encontradas o sintiéndolas. De allí que en la obra de Florencio sus protagonistas sean jóvenes, pueden estar casadas o solteras, pero jamás son madres; Soledad, Dolores, Rafaelita, Remedios, todas y cada una de ellas son hermosas, sublimes, virtuosas; todas despiertan pasiones, algunas son huérfanas, pero ninguna es madre “ese ángel de amor y de ternura que Dios ha colocado en las puertas de la vida”.⁴⁵

Por lo tanto, las heroínas románticas no pueden ser madres, porque el sentir pasiones encontradas desvirtuaría ese ideal que los románticos (y después de ellos muchas generaciones) han creado en torno a la madre. De allí que todo se centre en mujeres jóvenes, solteras o recién casadas, que tienen todo el potencial pasional, pero que no lo desarrollan porque se precian de su virtud. Sin embargo, la mujer peligra constantemente, de allí que sea necesario salvaguardar su honor de alguna manera, y esto se podía hacer mediante un buen matrimonio. El matrimonio no sólo era considerado un buen trato –pues generalmente se hacía un acuerdo entre familias–, sino una forma en que la mujer tuviera un soporte, un proveedor, una guía y un guardián: el esposo. En esto no había duda.

⁴⁴ Manuel Antonio Carreño; *Op.cit.*, p. 352.

⁴⁵ Del Castillo; Corona de azucenas en *op. cit.*, p. 61

Si bien la educación religiosa era una manera de encauzar la virtud de la mujer, cuando ésta crecía, y si no se había iniciado en la vida conventual, se debía hallar un esposo para que en él proyectara toda la abnegación, toda la ternura y todo el amor que generalmente volcaban en la religión.

La anciana calculó muy bien que el único modo de salvar a su nieta de los peligros á que se iba á ver expuesta [...] era hacerla concebir un idealismo religioso, de amor y anhelo hacia la otra vida [...] Otra de las cosas que procuró la anciana fue mantener á Dolores en la más profunda ignorancia de ciertos sentimientos [...] Así pues, cuando Dolores conoció á Antonio lo amó como á un hermano; se apoyó confiada en su brazo, y tal vez creyó mirara en él la personificación de ese ángel custodio que sostiene á las almas en sus pruebas...⁴⁶

Aquí podemos observar varios aspectos. En primer lugar, la educación religiosa que la abuela inculca a la hija como único medio de “salvarla” de todos los “peligros”. Por contexto suponemos que se refiere a peligros de la carne, es decir, deseos sexuales básicamente, lo cual sin duda la privaría de una vida decente. En segundo lugar vemos que a Dolores se le mantuvo en “ignorancia de ciertos sentimientos”; de nueva cuenta se hace referencia al amor carnal, el amor-pasión que puede perder un alma. Finalmente, la educación da sus frutos cuando al conocer a un joven apuesto, Dolores ve en él a un “hermano” y un “custodio”. Eso es para ella un esposo.

En la realidad, la esposa dependía totalmente de su marido, por ejemplo, aunque la ley mexicana de ese tiempo garantizaba el derecho al empleo de las

⁴⁶ Del Castillo; ¡Hasta el cielo! en *op. cit.*, pp. 161-163

mujeres, "...la mujer casada, sin embargo, necesitaba permiso de su marido para trabajar, y sus ganancias estaban sujetas al control de él como parte de los bienes comunes de la pareja."⁴⁷ Es decir, una mujer no tenía nunca el control real de su vida; como hija le debía obediencia a sus padres, como monja a sus hermanas, y como mujer casada a su esposo. De allí que sólo las mujeres que quedaban viudas o solteras pudieran vivir su vida, claro, bajo la sombra de la sociedad.

3.2.3 La culpa como motor de las decisiones de vida de los personajes

Así como los conceptos de virginidad y castidad, desde el punto de vista eclesiástico, son los ideales que se imponen en la sociedad mexicana del siglo XIX, desde el punto de vista seglar, son la virtud y el honor los que deben preservarse en una mujer durante toda su vida. Si bien se supone que el hombre está obligado a ello también, si él falta a esos preceptos no queda mancha; en cambio en la mujer, la deshonra y el deshonor la persiguen hasta su muerte.

Hasta cierto punto, el hombre aprovecha esta diferencia para aplicar como castigo a la mujer la pérdida de la reputación, que era lo más terrible en una sociedad tan exigente y respetuosa de las formas sociales. La idea de culpa se arraiga tanto en la mujer que, en el caso de haber caído en el deshonor, aunque nadie más lo supiere, ella se sentiría indigna e impura hasta el extremo de negarse toda felicidad para expiar así su culpa.

Incluso la culpa en los personajes llega a ser imaginaria. En la narración que lleva por título *¡Hasta el cielo!*, Dolores, como se había dicho anteriormente, se

⁴⁷ Silvia Marina Arrom; *Op. cit.*, s/p, ilustración No. 5, pie de foto.

siente terriblemente culpable por enamorarse del hermano de su esposo; pero jamás consume ese amor, ni siquiera lo confiesa; no obstante, la culpa es tal que, en ocasiones, actúa como si en verdad fueran amantes:

...aquel grito [...] fue al mismo tiempo una terrible revelación y una acusación para Dolores. No podemos explicar lo que pasó en aquel momento por el corazón de la mujer [...] pero sí aseguramos que experimentó una mezcla de placer, de terror, de vergüenza, de arrepentimiento, y se cubrió el rostro con las manos...⁴⁸

Dolores no había hecho nada más que sentir, sin confesar, sin ejercer; aún así, la culpa era tal que un simple ademán la delató como culpable. Lo mismo le sucedió al hermano de Antonio, a Manuel, quien también se siente culpable sin haber hecho nada. Cada uno realiza acciones destinadas a borrar esa culpabilidad y, cuando finalmente, Antonio muere, no se atreven a vivir su amor, prefieren separarse con la promesa de que se encontrarán en el Cielo.

En *Hermana de los ángeles* Rafaelita no tiene nada que reprocharse, es una mujer ideal, virtuosa, casi perfecta; pero se culpa por no poder darle a su amado Manuel, que es ciego, la felicidad. Ya no es suficiente con sentirse culpable por las propias acciones o por los sentimientos propios, también lo hacen por el otro. Si el otro falla, si el otro se equivoca, si el otro es infeliz, la culpa debe ser de su compañera que no sabe como llevarlo por el buen camino.

⁴⁸ Del Castillo; ¡Hasta el cielo! en *op. cit.*, p. 185

En todo momento existe algún grado de culpa en cada personaje que desencadena sus acciones, justificada o no, la mayor parte de las veces irreal; los personajes de Florencio son atormentados por la culpa, son trágicos y heroicos.

Capítulo IV. Otros temas trascendentes en las novelas cortas analizadas

4.1 La ausencia del placer en el sentimiento amoroso de la mujer

Comencemos por comprender el pensamiento del siglo XIX en lo que respecta a la división de sexos; las conceptualizaciones de Rousseau acerca de lo que varones y mujeres tenían derecho a esperar son decisivas para entender las claves decimonónicas. Rousseau había dictaminado que existían dos territorios intocables: el político espiritual para los varones y el natural para las mujeres.

Esta idea pervivió a lo largo de esa centuria; cuando la Ilustración atacó el viejo discurso religioso, en el que la inferioridad femenina obtenía una validación en clave de justicia –las mujeres heredaban la condena de Eva y su posición de inferioridad era resultado de la aplicación de la justicia divina a la falta originaria de la primera de ellas–, estos argumentos fueron desestimados, pero buscaron otras formas de adentrarse en la colectividad social. La vieja madre Eva no podía resultar convincente en el mundo del progreso técnico, el telégrafo, el ferrocarril, la anestesia y el libre cambio. Había cumplido su función y se necesitaban explicaciones de mayor fuste.

Entra aquí en juego toda una serie de consideraciones filosóficas, que se vieron apoyadas por la literatura de la época. Así la filosofía y la literatura tomaron el relevo de la religión para validar el mundo que existía e incluso para darle aspectos más duros de los que existían.

El primero en abordar la reconceptualización de los sexos fue Hegel pero no fue el más influyente: era un filósofo oscuro, su terminología era complicada e incluso

lo hizo con demasiada finura. En la *Fenomenología del Espíritu* explica el porqué de los sexos: son realidades del mundo de la vida, del mundo natural, pero en la especie humana están normados. Cada uno tiene un destino distinto. El destino de las mujeres es la familia, el destino de los varones es el estado. Ese destino no puede contradecirse. Lo que entendemos por historia y dinámica de las comunidades humanas es el cómo los dos sexos se relacionan entre sí. Aunque cada sexo es un destino, no se impone como un destino biológico, sino que para nosotros existe una postura ética y política y es la que explica las esferas separadas de ambos. La verdad es la del sexo al que se pertenece y no la que subjetivamente, como cualidades y rasgos de carácter, haya traído al mundo. En todo caso el sexo es un destino público para los varones, privado para las mujeres, y los intentos de éstas de subvertir tal orden son la ruina de las comunidades.¹

Hegel no fue el único que entendió esta distinción, también Schopenhauer quien sobre la teorización rousseauiana y hegeliana añadió algo significativo: no sólo el sexo masculino encarna el espíritu mientras que la naturaleza es el sexo femenino, sino que además la continuidad en la naturaleza es la característica fundamental de la naturaleza. Lo que viene a significar que lo femenino es una estrategia de la naturaleza para reproducir el ser.

En este sentido, en la era decimonónica las relaciones sexuales que estuvieran fuera del matrimonio o cuyo fin único no fuera la reproducción, eran consideradas antinaturales. Es decir, una mujer podía tener sexo dentro del matrimonio, pero

¹ Cfr. Hegel; *Fenomenología del espíritu*, FCE, México, 1980, pp. 45-56.

bajo ciertas reglas: su fin debía ser la procreación, no debía sentir placer, su papel debía ser pasivo y tenía que evitarlo siempre que pudiera.

Estas ideas venían de tiempo atrás, de la época medieval, cuando la Iglesia decidió que el placer en las relaciones era pecado, porque “El cristianismo presentó un ideal de amor para hombres y mujeres que era consistentemente altruista y no sexual. En términos prácticos, el amor y el sexo eran polos opuestos: la fuente del amor era Dios, y la del sexo era el diablo.”² Éste era el origen de todas las prohibiciones que en el siglo XIX sufría la mujer.

Un hombre que se dejaba dominar por sus pasiones era una especie de animal, por lo cual, el varón cuando se casaba elegía mujer por conveniencia social o económica, pero casi nunca por amor, pues se consideraba que esa pasión era innoble y llevaría a la ruina al matrimonio. Ésta era una de las razones por las que se consideraba al amor romántico como propio de las mujeres y de los hombres débiles. Esto porque, a pesar de que el romanticismo concebía al hombre libre, dueño de su destino y con la capacidad de elegir su propia vida...

[...] los escritores que intentaron expresar en sus obras este punto de vista sobre la situación del hombre cayeron en una trampa: descubrieron, conscientemente o no, que los valores de la moralidad tradicional no eran aplicables a esta tierra, no se podían poner en práctica, no servían como guía para alcanzar el éxito o la felicidad. Este es el motivo por el que tantas novelas románticas, cuyo sentido de la vida es esencialmente pro-hombre/mujer y pro-mundo, tengan finales trágicos [...] Al escapar de los problemas del presente, los románticos

² Branden, *op. cit.*, p. 37.

contradecían su propia creencia básica y filosófica (implícita) en la eficacia humana [...] ³

Esto, por supuesto, se tradujo en una serie de novelas ubicadas en un pasado remoto, o bien, de un sentimentalismo irreal e imposible, lo que ayudó a que fueran consideradas como novelas propias de mujeres, prejuicio que sigue vigente en nuestros días, en el que la mayor parte de las personas, principalmente las del sexo masculino, consideran que la literatura romántica es propia de mujeres y de jovencitos inexpertos; como se ve, la sociedad no ha cambiado mucho.

Volviendo al tema de la represión del placer, resulta evidente que si se rechazaba el placer en el sexo, el arte sublimará esta práctica en un amor infinito y sobrehumano, que permitía que dos personas permanecieran admirándose y deseándose pero que encontrarán “heroico” jamás entregarse a sus pasiones sexuales: “Volvía á ver aquella novia, reclinada en los brazos de un joven gallardo... era la música del baile y su corazón se estremecía como se estremeció aquella noche.”⁴ Esta actitud represiva, produce patologías de todo tipo, desde físicas (fiebres, desmayos, ansiedad, etc.) hasta emocionales (depresión y suicidio principalmente).

Un cansancio mortal la agobiaba: le dolían las espaldas como si hubiese resistido un peso excesivo; otras veces le faltaba la respiración, y la infortunada joven tenía que correr hacia una ventana en busca de aire; quería gritar, y un nudo horrible en el pecho cortaba su voz.

³ *Ibidem*, p. 53.

⁴ Del Castillo; Corona de azucenas, *op. cit.*, p. 90

Había momentos en que se ponía fuera de sí: un vértigo se apoderaba de su cabeza; sus labios se ponían secos, ardientes, el aliento la abrazaba, se estremecía su corazón, y agitaban su cuerpo terribles convulsiones.⁵

Algo que es curioso observar es que el placer se les negaba tanto a hombres como a mujeres, pero son éstas las que más deben sufrir, pues se considera que el hombre cede instintivamente a las debilidades de la carne; en cambio, la mujer debe resistir, pues ella tiene la fuerza moral necesaria para no entregarse a esas prácticas. Aún así, los héroes de Florencio, sean hombre o mujeres, se niegan al placer, pero son éstas últimas las que terminan muriendo o ingresando a un convento para evitar ser víctimas de la tentación, pues en todo momento se les educa con un sentido religioso que raya en lo fanático.

Esta ausencia de placer en las novelas de Florencio obedece a lo trágico de la vida, no al deseo verdadero de sus protagonistas, quienes siempre aspiran a ser felices y estar bien en todos los sentidos, pero sin lograrlo.

Ahora bien, cuando hablamos de placer, nos referimos al necesario para tener una vida emocionalmente equilibrada. Como lo mencionaba Freud, es necesario un mecanismo de placer-displacer⁶ para que se de un equilibrio emocional, pues un exceso en cualquiera de los dos extremos lleva a la persona a un decaimiento general y a la enfermedad, sea física o mental. Esto lo retrata muy bien Florencio

⁵ *Idem*

⁶ Freud considera que el principio de placer displacer “pues impide que la persona satisfaga sus deseos de manera inmediata y sin control. Lo que significa que es un regulador, y que está relacionado con funciones como atención, juicio y memoria” (Jean Le Galliot, *Psicoanálisis y lenguajes literarios*, Hachette, Buenos Aires, 1977, p. 18).

en su novela *¡Hasta el cielo!*, donde habla sobre la vida desordenada de Antonio, quien en su niñez y primera juventud había sido educado estrictamente por su padre viudo. Como un padre no puede sustituir la comprensión y amor de una madre, Antonio y su hermano menor quedaron confinados a la estricta atención paterna que consideró que la mejor manera de educarlos era privarlos de todo. El padre muere cuando sus hijos son aún jóvenes, y el mayor, Antonio, se halla de pronto en posesión de una gran herencia y libre del celo paterno. Entonces, manda al menor a un colegio a educarse y él se dedica a llevar los negocios y una vida licenciosa a más no poder. Hasta que se casa con Dolores, pero cae enfermo.

Podríamos decir que lo que Antonio buscó fue el equilibrio al displacer que había vivido durante su infancia, pero como éste fue en extremo fuerte, el placer que buscó tuvo la misma intensidad y fue el motivo de su perdición, pues Florencio considera que el exceso de placer enferma:

...era un joven, pero era uno de esos jóvenes que han destruido su salud, su vida, en los excesos, y que envejecen á los veinticinco años. En efecto, en aquel hombre que apenas contaba veintisiete, todo anunciaba una de esas muertes tempranas y terribles, que son fruto del libertinaje.”⁷

A pesar de esta condena a un placer sin límites, también lo justifica por la represión paterna sufrida en su infancia. En las mujeres esto no sucede, pues

⁷ Del Castillo, *¡Hasta el cielo!*, en *op. cit.*, p. 138

ellas son educadas desde el primer momento para reprimir cualquier intento de placer, y para ello se valen de la religión.

Contrariamente a esta negación del placer físico, el erotismo se halla claramente representado en todas las obras de Florencio, si bien es un erotismo disfrazado; de allí que utilizará a la naturaleza para identificarla con la mujer. Cuando describe a sus heroínas lo hace de una manera ingenuamente procax; habla de sus cuerpos, de su cuello, de sus labios de una manera seductora e invitante; pero siempre remata toda alusión erótica con pensamientos virtuosos que sitúan a la mujer en un estado virginal, aludiendo siempre a la naturaleza como medio de comparación para la hermosura de la mujer: “Desde tan tierna edad podía ya pronosticarse su belleza; la azucena era menos blanca, menos suave que su frente, y sus labios se asemejaban á la encarnada flor del granado.”⁸

Lo mismo podemos encontrar en otros de sus escritos:

Era una muchacha de diez y ocho años, de estatura mediana, delgada de cintura, pero de formas bellas y torneadas; de pie suave y delicada como el pétalo de la rosa; color apiñonado, labios un poco gruesos, pero rojos, húmedos, entreabiertos, excitantes...Sus ojos eran negros como el terciopelo, y su frente ancha, tersa y tranquila como un lago. Su cabello negro, con visos azulados y relucientes se asemejaba al plumaje de un cuervo...⁹

Si bien al describir los labios ya invitaba a una imagen por demás provocadora, el mismo autor se interrumpe y retoma la explicación de su heroína ayudándose

⁸ Del Castillo; Corona de azucenas en *op. cit.*, p. 60

⁹ Del Castillo; ¡Hasta el cielo! en *op. cit.*, p.138

en elementos más “naturales” y, por lo tanto, más inocuos, como el lago o el plumaje del cuervo.

Este tipo de retratos no se reservan sólo para las mujeres, también para los hombres: “apenas se veía una parte de su frente, blanca como la azucena, y su cabellera fina y rizada, que caía hacia los lados en desorden; todo revelaba en él una hermosura noble y varonil”.¹⁰

A pesar de las continuas alusiones al gran amor que se profesan siempre los protagonistas en las novelas de Florencio, jamás sucumben a las pasiones carnales, porque ese es el mérito que les permite alcanzar la felicidad en la otra vida. Pues el único lugar donde pueden ser felices es en el cielo. Ninguno de los protagonistas de Florencio logra en su vida una dicha duradera, mucho menos alcanza el objeto de su amor; pero ambos llevan vidas ejemplares y, por lo tanto, al morir se reencontrarán en un lugar donde nadie obstaculizará su amor, pero donde tampoco existe el placer físico.

¹⁰ *Ibidem*, p. 139

4.2 El papel de la muerte como instrumento de liberación

El romanticismo se caracterizó por un espíritu individualista, es decir, por la exaltación del “yo”, por lo que todo es subjetivo, pues el mundo externo no tiene mayor valor; de allí que entre los temas básicos de este movimiento se encuentren el aislamiento y la soledad. Se produce entonces una protesta contra las trabas que mantienen cohibido el espíritu, como la razón. Ellos rechazan la razón y todo lo lógico; porque la mente es la enemiga del espíritu, lo ata y un romántico es, ante todo, un ser libre en todas sus facetas, incluso libre de la vida, de allí que experimentaran la muerte como una liberación.

Éste es inseguro por naturaleza y se halla insatisfecho en toda su vida; se sabe víctima del destino, por lo que vive su vida con una inquietud febril. Todos los personajes de este periodo literario tienen esa característica de lucha desesperada y trágico desenlace; del choque constante de su idealismo con una realidad burda que no responde a sus ilusiones.

Por lo que respecta a la mujer presenta las mismas características, pero añadiendo en ella una lucha superior, pues la sociedad relega al sexo femenino, lo desdeña y lo prejuzga, por lo que debe luchar contra el destino, contra la sociedad, contra su educación y contra ella misma.

En este sentido, la muerte viene a ser muchas veces una bendición, un escape del mal que es la vida. A través de la muerte, las almas atormentadas en busca de un ideal inalcanzable pueden ver realizado su máximo sueño: ser libres: “Rafaelita miraba con dolorosa atención á su marido, contemplando los estragos

que en aquel rostro hermoso y varonil causaba la lucha interior, y pensaba tristemente en una próxima muerte que le devolviera á aquél su libertad...”.¹¹

No hay que confundir ese deseo de ser libres a través de la muerte, con un culto a la muerte misma; en realidad, las circunstancias de México a principios del siglo XIX eran más bien trágicas: las continuas guerras, las epidemias de cólera y otros elementos hacían que la muerte fuera una realidad cotidiana en México.

La literatura romántica parece abusar del tema de la muerte [...] Sin embargo, al revisar la historia, en especial la que se refiere a la salud, las pestes, la demografía, las condiciones higiénicas y sanitarias dominantes, nos damos cuenta de que [...] una de las características del siglo XIX fue la muerte frecuente de gente muy joven. Y ahí es donde se origina, a nuestro entender, una parte de la obsesión del Romanticismo en la muerte.¹²

Esta obsesión por la muerte, en ocasiones se traduce en un desprecio por la vida que lleva a los personajes de la literatura romántica a buscar aventuras y riesgos donde se puede morir; eso sí de una manera gloriosa. Aquí existe una diferencia muy marcada: el personaje masculino romántico muere heroicamente, el femenino muere beatíficamente. Esto se ilustra muy bien en “Hermana de los Ángeles” de Florencio del Castillo, pues mientras Lorenzo muere en un duelo con D. Diego defendiendo el honor de Rafaelita; ésta sufre un ataque del corazón y muere apaciblemente con Manuel implorando su perdón:

¹¹ Del Castillo; Hermana de los ángeles en *op. cit.*, p. 329

¹² Galí Boadella; *op. cit.*, p. 416

Rafaelita, vestida de blanco y suelto el cabello, estaba recostada en su cama, con esa languidez que sucede á un baño, oprimiéndose con ambas manos el pecho, para contener sus dolores, que le desgarraban el corazón [...] Manuel se precipitó á los pies de la joven, que se enderezaba no queriendo dar crédito á sus sentidos [...]La emoción rompió las últimas fibras de su corazón [...] Rafaelita cayó sin fuerzas sobre su cama, y el ciego, ebrio de dolor, se arrodilló junto á la joven contemplando su dulce y apacible agonía...¹³

Así, la muerte es la gran amiga de los románticos; es la libertadora, la que trae la paz al alma atormentada: sobre la tumba romántica, el ciprés y la luna ponen una nota de serenidad. Si bien el romanticismo es trágico, en México, las mismas condiciones de vida de esa época favorecieron un clima romántico incluso en la vida misma:

...hasta parece que las muertes trágicas o infortunadas de Rodríguez Galván, Marcos Arróniz, Díaz Covarrubias, Florencio M. del Castillo, Bocanegra y Sánchez Tagle – de quien se dice que murió de melancolía al ver su patria invadida por extranjeros– confirman este hecho.¹⁴

Para el mismo Florencio la muerte fue liberación; su hermano estaba fuera del país; su familia en la pobreza; cuando intentó vender su casa para conseguir dinero fue apresado; se le envió a Veracruz, y murió allí del llamado “vómito prieto”. Realmente resulta irónico que su final fuera incluso más poético que

¹³ Del Castillo; *Hermana de los ángeles* en *op. cit.*, pp. 389-390

¹⁴ Alicia Perales Ojeda; *Las asociaciones literarias*, UNAM, México, 2000, (col. *Ida y vuelta al siglo XIX*), p. 81.

aquellos que él delineaba en sus obras, aunque claro, no se tiene ni un testimonio que presente detalladamente los últimos momentos de Florencio.

Vemos entonces que el personaje romántico no muere a causa de un desprecio real a la vida, sino como resultado de las funestas circunstancias que el destino tejió para él. A fin de cuentas, la muerte es el paso para un estado de mayor perfección; a través de ella puede alcanzarse al ser amado, consumarse la pasión que en la vida no fue posible debido a múltiples obstáculos. La muerte los libera en un sentido total, de la sociedad, de los tabúes, de ellos mismos, de su cuerpo.

Es lógico que la muerte se asocie al romanticismo, porque los mismos románticos consideraban a este movimiento una enfermedad, el mismo Goethe pensaba que “el Romanticismo representa el principio de enfermedad”,¹⁵ esto sitúa al movimiento romántico en una expresión de muerte porque es enfermizo, pero se debe tener en cuenta que no es una destrucción estéril, sino fértil porque permite la creación de todo un estilo contrario al neoclasicismo, que sí era la expiración por falta de creatividad. Entonces, el romanticismo es enfermedad porque

[...] ve solamente uno de los lados de una situación compleja de tensiones y conflictos, si tiene en cuenta sólo un factor de la dialéctica histórica y lo hipertrofia a expensas de los otros factores, si, finalmente, semejante unilateralidad, semejante reacción exagerada y supercompensada delata una falta de equilibrio espiritual, el Romanticismo puede ser calificado con razón de “enfermizo”.¹⁶

¹⁵ Goethe [sin título] citado por Arnold Hauser; *Historia social de la literatura y el arte*, t. II, Guadarrama, Madrid, 1962, p. 152.

¹⁶ Arnold Hauser; *op. cit.*, p. 152

Podemos decir que el romántico tenderá a la ilusión, a la fuga de la realidad, quizá porque ésta le choca sobremanera, tal vez porque es la forma en que puede alcanzar una liberación más radical. Este desequilibrio espiritual que evidencia una enfermedad no puede conducir a otro punto que no sea la muerte; como una forma sanadora de alcanzar el equilibrio perdido en vida. Se debe tener en cuenta que “el Romanticismo tiene sus raíces en el tormento del mundo, y así se encontrará un pueblo tanto más romántico y elegíaco cuanto más aciagas sean sus condiciones”.¹⁷ No es de extrañar que en plena efervescencia independentista y revolucionaria que vivía México en la primera mitad del siglo XIX, el romanticismo haya encontrado tierra fértil donde extender sus raíces.

La muerte era algo con lo que los poetas se topaban todos los días, Florencio mismo habla de ella en todas sus obras como algo liberador; aunque también terrorífico, como puede leerse en la introducción a la novela corta *Dolores Ocultos*, “Dos horas en el hospital de San Andrés”:

¡La muerte! ¿Por qué hasta la oración que revela la esperanza detrás de la tumba, nos causa una sensación tan imponente?...¿Por qué al escuchar esos acentos de fe y de religión, se viene á nuestra mente como una idea tristísimo y terrible, el último “¡adios!” de un moribundo?...¿Por qué nos hiela de pavor esa idea?[...] ¡Ay!...es que detrás de ese “¡adios!”, detrás del velo que la muerte extiende sobre nuestras facciones, hay una idea terrible, imponente, majestuosa...¡La eternidad!¹⁸

¹⁷ Arnol Ruge [*Die wahre Romantik*] citado por Arnold Hauser; *op. cit.*, p. 160

¹⁸ Del Castillo; *Dolores Ocultos* en *op. cit.*, p. 209.

Esta es la única descripción lúgubre que Florencio hace de la muerte, quizá porque es una vívida realidad que él mismo pudo presenciar cuando fue destinado como segundo ayudante de cirujano en el hospital San Andrés. En la época en que era estudiante de medicina, fue tal la impresión que le causó que dejara la carrera. Se puede apreciar entonces, que los románticos observan la muerte real de una manera escalofriante, quizá por ello la exorcizan en sus obras, convirtiéndola en una liberadora, en una manera de alejarse de la realidad que los aprisiona, que los encarcela.

Pero esta muerte romántica es una sublimación de la misma a través del arte

[...] el artista y el escritor parecen renunciar, por cierto, al principio de realidad en la medida en que exploran los caminos de lo imaginario; sin embargo, al crear eso real que es la obra, tienden a reintroducir en la realidad misma la proyección fantasmática a la cual correspondía en primera instancia el objeto de arte.¹⁹

Es lo mismo que Florencio, y los románticos en general, hace con la muerte, la recrea a través de su obra como una manera de proyectar la realidad, trágica, que le circunda.

Por otro lado, de alguna manera también erotizan la muerte; generalmente, los personajes románticos femeninos que podían ubicarse en el tipo de “mujer fatal”, personificaban todas las facetas destructivas de la feminidad; podríamos decir que, en las novelas románticas de Florencio, el erotismo es una manera que la muerte tiene de destruir la energía del varón:

¹⁹ Le Galliot; *op. cit.*, p. 22.

Manuel creyó hallar en Dolores todas las promesas de su imaginación; ¿pero, creéis que el amor carnal, ese ministro de muerte, sea capaz de cumplir la milésima parte de los goces que promete...?

[...]

Este golpe hundió a Manuel en tan negra desesperación, que seria y fríamente pensó en el suicidio...²⁰

En este sentido podemos decir que la muerte se disfraza de erotismo; pero la primera que llega es la muerte del alma, que al hallarse privada de un amor verdadero que la alimente, sucumbe ante la ilusión del placer físico; posteriormente, el cuerpo también se cansa y termina por morir cuando el alma ya lo ha hecho. El cuerpo es entonces el lugar donde Eros y Tánatos se enfrentan; a fin de cuentas, para el romántico el cuerpo es vida y muerte, pero el erotismo sólo puede ser aniquilación.

²⁰ Del Castillo, Hermana de los ángeles en *op. cit.*, pp. 379-380

4.3 El sexo sublimado en la narrativa de Florencio

Otro tema muy presente, aunque debidamente disfrazado a lo largo de las novelas de Florencio es el sexo, aunque no visto desde el punto de vista del goce carnal, sino de la elevación del espíritu. En todas sus novelas existe esa admiración por la mujer ideal que encarna todas las virtudes de la perfección.

¡Qué hermosa era Remedios! En aquel momento, con el leve sudor que brotaba de su frente, con el color pajizo, transparente, que la enfermedad le daba á su rostro, se la hubiera tomado no por una mujer, sino por la imagen de una virgen.²¹

Esta descripción es bastante erótica, aunque también algo mórbida. Remedios está enferma, es ciega y epiléptica, se halla moribunda y a pesar de esto despierta pasiones en los hombres: en su primo, que la ama desde niños; en el doctor que la cuida, que se ha enamorado de ella; en el anciano miserable del casero, que la desea para sí. Cada descripción que hace Florencio de Remedios conlleva ese gusto de despertar los sentidos, de hacerla parecer deseable y etérea al mismo tiempo.

Lo mismo realiza con cada una de sus heroínas: son hermosas, lánguidas, abnegadas pero despiertan pasiones. No se habla de sexo en sí, aunque se adivina. En una de las escenas más eróticas de sus novelas cortas, un simple diálogo entre una novicia y un sacerdote, lleva al cura a sufrir una erección involuntaria ante la belleza y la abnegación de la novicia que tenía enfrente:

²¹ Florencio del Castillo; Amor y desgracia en *op. cit.*, p. 12

El padre Rafael no la interrumpía porque se hallaba profundamente conmovido [...] Era una pintura seductora que fascinaba los sentidos [...] su espíritu estaba agitado; la dulcísima voz de la joven conmovía su corazón [...] Sus palabras habían adormecido poco á poco la inteligencia del confesor; sin causar una revolución súbita en sus sentidos, los había ido excitando lentamente hasta el momento en que se sintió subyugado... hasta el momento en que corría hirviendo la sangre por sus venas, comunicando á sus miembros movimientos involuntarios y animales...²²

La descripción, que es bastante más larga que lo aquí citado, va llevando al confesor a excitarse a través de la comparación de su vida con la de la joven; de la voz de la monja; de su perfume de inocencia embriagador; es decir, Soledad no pretende despertar esos sentimientos en Rafael, tan sólo se confiesa con él, pero ese acto íntimo de abrir su corazón es lo que hace que el padre caiga enamorado de una manera irremediable, pero eso sí, como el mismo Florencio lo aclara:

A los ojos del mundo hubiera sido aquello un escándalo; á los ojos de Dios eran dos ángeles afligidos, más puros, más santos, más hermosos en aquel momento, que no podían sofocar la voz de su corazón, y depositaban en su seno sus penas...¡La intención, no la acción, es la que hace el pecado!.²³

De donde se infiere que, en realidad, cuando dos personas se aman tan profunda y santamente, no puede existir nada reprochable en su conducta; siempre serán justificadas sus acciones y, sin embargo, ninguno de los dos

²² Del Castillo; Corona de azucenas en *op. cit.*, pp. 97-99

²³ *Ibidem*, p. 102

termina por lanzarse a la pasión que los abraza; los invade la culpa y finalmente la muerte los libera. Soledad muere y Rafael se lanza a una vida de misionero en la que, seguramente, también morirá. Así podrán reunirse en el Cielo, donde vivirán su amor sin trabas.

Esta ausencia de placer físico, de verdadero goce de los sentidos, siempre está encaminada a obtener un bien mayor, eterno; en el más allá. Dios premiará sus esfuerzos nobles en esta tierra por mantenerse puros y decentes, permitiéndoles en el cielo vivir su amor. Pero como sólo las almas van al Cielo, este amor tampoco será carnal, sino espiritual; lo que sin duda constituye un bien máximo, pues al ser así es verdadero y eterno.

Claro que esto proviene de las concepciones de la época, se debe recordar que en el siglo XIX se buscaba educar a la mujer desde temprana edad para "...proteger a las niñas de una 'vida de pecado'...";²⁴ lo que incluye la práctica sexual placentera; así, a las pequeñas se les educaba para ser una excelente esposa, madre y ama de casa; pero jamás para disfrutar de una relación carnal que se pudiera disfrutar. Es lo mismo que sucede en las novelas de Del Castillo.

Sin embargo, lo que sí puede encontrarse es una relación entre el placer sensual y la exaltación religiosa, Florencio subraya repetidamente que las exaltaciones religiosas de sus personajes son parecidas a sus exaltaciones amorosas: no están fundamentadas en sentimientos profundos y meditados, sino en sensaciones y emociones que tienen mucho de histérico, pero también de sublimado.

Digo histérico porque

²⁴ María Adelina Arredondo *op. cit.*, p.12

En la Antigüedad se creía que era el útero el que, ante la falta de fluidos, se trasladaba por el cuerpo de la paciente hacia lugares más húmedos, como la zona del corazón. De allí la compresión del pecho o las taquicardias que decían sentir las enfermas, y el mito que asocia histeria y mujeres.²⁵

De allí que los personajes femeninos de Florencio, experimenten continuos desmayos, ahogos, “calores” y otros síntomas asociados con la histeria; pues subliman su deseo sexual y lo transforman en una satisfacción diferente al goce carnal. Se debe recordar que el deseo sexual, desde el punto de vista de Freud, es una pulsión; hay una sola manera en la que puede hablarse de "rectificación de la pulsión", sin acudir a la represión, esta es la vía llamada de la sublimación.²⁶

Lo que viene a significar que la obra de Florencio es una muestra de una sexualidad reprimida, quizá por los mismos tiempos en que vivió, cuando aún se veía al sexo como un pecado pero ya se iniciaba el cambio, la búsqueda de la liberación. Sin embargo, el peso de la realidad es, en este sentido, abrumador, baste recordar que en ninguna de sus novelas, Florencio habla de relaciones sexuales entre los que se aman, por el contrario, siempre existe algo que los hace desearse y, al mismo tiempo, alejarse para no dañar ese amor sagrado, esa veneración que los hace felices e infelices; es la mujer la que, principalmente, se niega este derecho al placer, pero también está presente en el hombre, que prefiere alejarse antes que “manchar” el amor que siente.

²⁵ Burgos, *op. cit.*, p. 1

²⁶ La sublimación es la satisfacción desviada de su fin que, según Freud, no es sexual.

Conclusión

El romanticismo en México, a diferencia de otros países, no fue una respuesta hacia un estilo neoclasicista; más bien, fue reflejo de la situación social que el país atravesaba. Si bien, se vio influido por los movimientos románticos de países como España, Francia e Inglaterra, también es cierto que adquirió personalidad propia al llegar a tierras mexicanas.

Los primeros románticos en México tomaron a tal grado su devoción por este estilo, que incluso sus vidas se contagiaron del heroísmo y la tragedia de sus personajes, llegando al extremo de morir románticamente.

Florencio María del Castillo Velasco es un buen ejemplo de romántico incipiente, defensor de la Patria, idealista, liberal, dispuesto a darlo todo por la mujer amada, por su familia, por sus amigos, por sus ideales. Sus novelas son ejemplo de un género literario que comenzaba a presentarse en México: la novela corta. Aunque en ese tiempo no se considerara a sus escritos como ejemplos de un nuevo género, sino más bien como expresiones de un joven literato en busca de su gran obra.

En su tiempo, primera mitad del siglo XIX, su obra fue exaltada a tal grado que se le comparó con Balzac; ya vistas con ojos del siglo XXI, sus “novelitas” reflejan la ingenuidad de los primeros escritores mexicanos, su afán de aprendizaje, sin duda su ilustración; pues en numerosas ocasiones encontramos citas y referencias a obras clásicas de la literatura y el arte. Su prosa es sencilla aunque recargada en extremo de expresiones sensibles, al grado que en ocasiones raya

un poco en la sensiblería fácil. Sus tropos se limitan a comparaciones y metáforas comunes en nuestros días, aunque quizá en los años que él escribió eran formas novedosas de literatura.

Su narración es fluida, aunque se detiene continuamente en reflexiones sobre temas que le preocupaban en particular: como la educación religiosa equivocada; el peligro del extremo fanatismo religioso; la necesidad de una guía adecuada para evitarle a la mujer tentaciones; la pureza natural de la mujer y su inclinación, asimismo natural, a la debilidad de la carne, aunque claro, también esa fortaleza de espíritu que las hace más nobles que los hombres. Estas divagaciones generalmente se hallan acompañadas de citas y referencias a textos que, difícilmente, el común de la población podría conocer; pero nos muestra a un hombre que ha leído a los clásicos y también a los escritores de su tiempo. Ese afán de cultura es una característica clara de los intelectuales de la primera mitad del siglo XIX, pues Florencio no es el único que recurre a citas.

De hecho, a Florencio se le cita en los periódicos como un joven literato culto y prolífico, toda una promesa de la literatura mexicana, como bien puede apreciarse en el diario *El Universal*, en donde una nota dice: “Comprenderá estampas litografiadas de los edificios, monumentos, paseos, vistas, trages (sic), tipos y costumbres más notables; con su testo (sic) explicativo que está encomendado al laborioso é instruido jóven literato D. Florencio del Castillo”.¹ Lo que nos habla de un Florencio periodista además de literato, reconocido en su época.

¹ “México y sus alrededores” en *El Universal*, 17 de diciembre de 1854

Por otra parte, presenta sus historias desde el punto de vista del narrador omnipresente, en tercera persona, como si él mismo fuera el hado que maldice las vidas de sus personajes y las lleva por derroteros alejados de la felicidad mundana. En todo momento presenta a los lectores sus pensamientos y reflexiones con un sentido aleccionador.

A pesar de lo pueril que puedan resultar sus tramas en un primer momento, en realidad sus “novelitas” son un buen ejemplo de los intentos literarios de una nación joven, que buscaba su identidad no sólo a través de las armas y la independencia, sino por medio del arte y las letras. Florencio del Castillo tiene una personalidad propia como escritor, un estilo definido, quizá con muchos bemoles que le impiden estar entre los más destacados escritores de su siglo. Aún así, esto no le imposibilita permanecer en la historia literaria de nuestro país.

Esta permanencia de su obra a través del tiempo obedece a que sus textos, a pesar de su sencilla historia y su desenlace predecible, sirven como lecturas recreativas, pero también como una ventana al pensamiento del hombre intelectual decimonónico. A través de Florencio del Castillo, de las reflexiones que inserta en sus textos, de las descripciones que hace y de los diálogos que recrea, es posible penetrar en un México de héroes que luchan por su patria; de hombres que, desesperadamente, buscan un lugar en el mundo; de espíritus que, a través de la literatura, le confieren a su patria una identidad propia. Es por medio de las novelas cortas de Florencio que podemos encontrar un perfil del México de esos tiempos; pues leer su obra indudablemente nos lleva a profundizar en su vida, en las circunstancias que lo rodeaban, en el espíritu y el imaginario de su época.

Las novelas cortas de Florencio son, sin duda, una manera de alejarse de las adversidades de la vida diaria en un México caótico que se debatía entre guerras intestinas, epidemias de cólera, pobreza, amargura y desencanto, de los que el mismo escritor fue presa. Del Castillo luchó siempre por los ideales de la patria mexicana, desconoció al gobierno de Maximiliano cuando éste fue impuesto como Emperador de México y, en esa lucha por mantener las libertades de su país, sucumbió; sin embargo, a su muerte le fue reconocido, por el gobierno de Juárez, un derecho a pensión para su viuda, como se puede leer en la Crónica parlamentaria del 6 de febrero de 1868: “El C. Guillermo Prieto y otros diputados presentaron una proposición para que se conceda una pensión de cien pesos mensuales á la viuda é hijos menores del C. Florencio del Castillo, quien murió en la fortaleza de Ulúa por no haber querido reconocer al llamado Imperio de Maximiliano”.²

Esta forma de terminar su travesía romántica personal es, sin duda, el mejor ejemplo de que el romanticismo, más que un movimiento literario, era una forma de vida, una filosofía de valores heroicos que comprometían al hombre a defender sus ideales hasta sus últimas consecuencias.

Por ello, Florencio, al igual que todos los románticos, pone énfasis en la individualidad del hombre y de la mujer; los presenta como seres complejos, de emociones encontradas y de espiritualidad superior. Aunque crea mujeres con imágenes idealizadas, no puede decirse que encajan del todo en el tipo de la mujer moralista y tradicional del momento.

² *Boletín de la Crónica Parlamentaria del Congreso*, 6 de febrero de 1868

Sus discursos dominantes enfocan a la mujer como un ser por naturaleza pasivo; mientras que al hombre le corresponde ser activo. Sin embargo, en cuestiones espirituales, la mujer es siempre la que tomará la iniciativa por sobre el hombre, que es más tardo en responder a los impulsos del alma.

Florencio también presenta en la mujer una predestinación al matrimonio, una creencia en la necesidad de una educación moral, más que intelectual, de la mujer que la guíe en medio de los “peligros” que la sociedad y el hombre mismo representan. Ahora bien, el varón no es un peligro en sí mismo, sino a través de su atracción por lo femenino; es decir, la mujer es el paradigma del mal y del pecado, porque despierta en el hombre el deseo, al cual éste puede sucumbir fácilmente; de allí la necesidad de educar moralmente a la mujer, para que sea ella la que refrene los impulsos naturales de ambos.

Decididamente, el siglo XIX, a pesar de ser un tiempo de ruptura de esquemas y de encuentro de nuevos caminos para la mujer en México, no significó un gran cambio. La constante imposición del hombre sobre la fémina siguió dándose a lo largo de la centuria y sigue presente aún en estos días.

Del Castillo presenta una mujer en extremo abnegada, capaz de los más grandes sacrificios por amor, por la virtud. Sublima hasta un grado máximo la humildad y la convierte en sacrificio por un ideal. Al darle un sentido al sufrimiento femenino, lo eleva a la calidad de etéreo, me atrevería a decir, de sagrado.

Obras consultadas

Altamirano, Ignacio Manuel; *La literatura nacional. Revistas, ensayos, biografías y prólogos*, Porrúa, México, 1949, p.6 (col. Escritores Mexicano, No. 1).

Abellán, José Luis; *Liberalismo y Romanticismo:1808-1874*, Espasa-Calpe. Madrid, 1984.

Abrams, M. H., *El Romanticismo: tradición y revolución*, Visor, Madrid, 1992.

Alvarado, María de Lourdes; *La educación "superior" femenina en el siglo XIX*, CEU, Plaza y Valdés editores, México, 2004.

Arredondo, María Adelina (coord.), *Obedecer, servir y resistir. La educación de las mujeres en la historia de México*, UPN, México, 2003.

Arrom, Silvia Marina; *Las mujeres de la ciudad de México. 1790-1857*, trad. Stella Mastrangelo, Siglo XXI editores, México, 1988.

Baudouin, Charles; *Psicoanálisis del arte*, Psique, Buenos Aires, 1976

Béguin, A., *El alma romántica y el sueño*, Fonde de Cultura Económica, Madrid, 1993.

Bloom, H., The internalization o Quest-Romance, en *Romanticism and Concioussness*, New York, Norton, 1970.

Bowra, C. M., *La Imaginación romántica*, Taurus, Madrid, 1972.

Burgos, Beatriz; La desconocida estructura de la histeria en *Mujeres hoy, el portal de las latinoamericanas*, [en línea <http://www.mujereshoy.com/secciones/1996.shtml>]

Branden, Nathaniel; *La psicología del amor romántico*, Paidós, México, 2000.

Brushwood, John S.; *México en su novela. Una nación en busca de su identidad*, trad. Francisco González Aramburu, FCE, 1993, p.169

Cano, Gabriela y Georgette José Valenzuela; *Cuatro estudios en el México urbano del siglo XIX*, col. Estudios de género, PUEG, Porrúa, México, 2001.

Carilla, Emilio; *El romanticismo en la América Hispánica*, 2 vols., Gredos, Madrid, 1967 (Biblioteca Románica Hispánica).

Carreño, Manuel Antonio; *Manual de urbanidad y buenas maneras*, 51ª ed., Epoca, México, 1998.

Civera Cerecedo, Alicia; La ardua tarea de educar en el siglo XIX en *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, ene-jun 1999, vol. 4, No. 7 [Disponible en línea: <http://www.comie.org.mx/rmie/num7/7resena1.pdf>]

Clan, Norma; La problemática del género 'novela corta' en Onetti en *Texto crítico*, U.V., Jalapa, año VI, no. 18-19, julio-diciembre de 1980, pp. 204-2014.

Clark de Lara, Belem y Zavala, Ana Laura; *La construcción del modernismo*, UNAM, México, 2002, pp. 16-17.

Cosío Villegas, Daniel (coord.); *Historia general de México*, tomo 2, 3ª ed., COLMEX, México, 1981.

Del Castillo Velasco, Florencio M.; *Obras de don Florencio María del Castillo, Novelas Cortas*, Agüeros editor, México, 1902.

Etiemble, *Ensayos de literatura (verdaderamente) general*, Taurus, Madrid, 1997.

F.M. del C.; "Modas" en *El Monitor Republicano*, miércoles 17 de octubre de 1848.

Fernández, Carmen *et al.* (comps.), *La mujer en el mundo del trabajo. Perspectivas psicológicas y organizativas*, Morata, Madrid, 1993.

Galí Boadella, Montserrat; *Historias del Bello Sexo. La introducción del Romanticismo en México*, UNAM – IIE, México, 2002.

Gonzalbo P.; *La educación de la mujer en la Nueva España*, Antología, México, SEP-Cultura, Ediciones el Caballito, 1985 (col. Biblioteca Pedagógica).

González Peña, Carlos; *Historia de la literatura mexicana. Desde sus orígenes hasta nuestros días*, 10ª edición, Porrúa, México, 1969 (col. Sepan cuántos).

Gras Balaguer, M., *El Romanticismo*, Montesinos, Barcelona, 1988.

Hauser, Arnold; *Historia social de la literatura y el arte*; tomo II, Guadarrama, Madrid, 1962.

Hegel; *Fenomenología del espíritu*, FCE, México, 1980.

Huerta, David (prol., selección y notas); *Cuentos románticos*, UNAM, México, 1983, p. XII (col. Biblioteca del Estudiante Universitario No. 98).

Kitts, Sally-Ann; *The debate on the nature, role and influence of woman in eighteenth-century Spain*, Lewinston, Queenston, Lampeter, Edwin Mellen Press, 1995.

Lagarde y de los Ríos, Marcela; *Los cautiverios de las mujeres: madesposas, monjas, putas, presas y locas*, UNAM, 2ª reimp, México, 2003.

Lazo, Raimundo; *Historia de la literatura hispanoamericana*, Porrúa, México, 1967 (col. Sepan cuántos... No. 65)

Le Galliot, Jean; *Psicoanálisis y lenguajes literarios, teoría y práctica*, Hachette, Buenos Aires, 1977.

Lemoine, Ernesto; El liberalismo español y la Independencia de México, en Miguel León Portilla (coord. gral.) *Historia de México*, t. 8, Salvat Mexicana Ediciones, México, 1978, p. 1722

Martínez, José Luis; *La expresión Nacional*, CONACULTA, México, 1993 (col. Cien de México).

Mata, Oscar; Florencio M. del Castillo: el traductor de los dolores del pueblo, en *Fuentes humanísticas* No. 30, Depto. de humanidades de la UAM, México, abril de 2005, p. 146

_____; *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, UNAM, México, 1999.

Miranda Cárabes, Celia; *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, UNAM, 2ª ed., México, 1998.

Mme. Calderón de la Barca; *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*. Traducción y prólogo de Felipe Teixidor, Ed. Porrúa, 1970. (Sepan Cuántos...., Núm. 74).

Monroy, Guadalupe; Las letras en Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México*, Hermes, México-Buenos Aires, vol. 6, 1955-1972, p. 747

Mora, José María Luis; *Obras Completas*. (Vol. 1 Obra Política.), Instituto Mora, CONACULTA, México, 1994.

Peers, E. Allison; *Historia del movimiento romántico español*, dos tomos, Gredos, Madrid, 1973.

Perales Ojeda, Alicia; *Las asociaciones literarias mexicanas*, UNAM, México, 2000 (col. Ida y regreso al siglo XIX).

Pineda Soto, Adriana; "La prensa pro cultural de Michoacán hacia finales del siglo XIX" en *Revista de la Universidad de Guadalajara*, No. 28, México, 2003. [en <http://www.cge.udg.mx/revistaudg/rug28/contenido28.html>]

Reyes, Aurelio de los; La segunda república federal y la dictadura santanista(1848-1854), en Miguel León Portilla (coord. gral.) *Historia de México*, t. 9, Salvat Mexicana Ediciones, México, 1978, p. 1890

Romero, José Antonio; *Informe dirigido por el Gobierno del Estado de Jalisco al Excmo. Presidente e Informe sobre el estado actual de la administración pública del Estado de Jalisco, 1o. de febrero de 1835*. Guadalajara: imp. del Gobierno a cargo de don Nicolás España, 1835.

Rousseau, Jean J.; *El Emilio o de la educación*, Porrúa, México, 1980.

Rudofsky, Bernard. *Are Clothes Modern? An Essay on Contemporary Apparel*. Paul Theobald editor, Chicago, 1947, p. 103

Ruedas de la Serna, Jorge; “La novela corta de la Academia de Letrán” en Miranda Cárabes, Celia; *La novela corta en el primer romanticismo mexicano*, UNAM, México, 1985.

Ruiz Castañeda, María del Carmen y Márquez Acevedo, Sergio; *Diccionario de Seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, UNAM- Instituto de Investigaciones Bibliográficas, México, 2000,pp.174-175

Sefchonovich, Sara; *México, un país de ideas, país de novelas. Una sociología de la literatura mexicana*, Grijalbo, México, 1987.

Suárez de la Torre, Laura Beatriz (coord.); *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora – UNAM, México, 2001.

Víctor Hugo; *Manifiesto romántico. Escritos de batalla*; trad. Jaume Melendres, Ediciones Península, Barcelona, 2002.